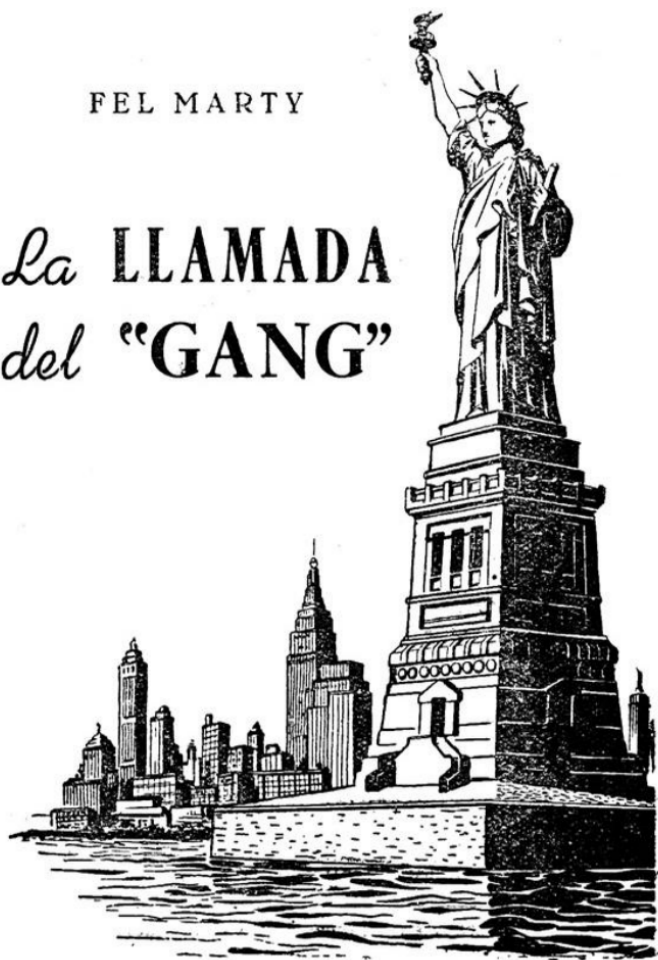




FEL MARTY

La LLAMADA
del "GANG"



DERECHOS RESERVADOS
Copyright by EDITORIAL ROLLAN
Madrid, 1959
PRINTED IN SPAIN



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

DEPÓSITO LEGAL.—M. 2.825.—1949

Impreso en Gráficas ROLLAN.—Madrid

I



ARA Alf Bryan, la vida transcurría tranquila, feliz, en la pequeña ciudad de Danville, en el Estado de Illinois. Allí conoció a Eloísa, su mujer. Allí se habían casado, y allí habían nacido sus hijos. Allí tenía, en suma, cuanto amaba.

La tienda de recambios de automóvil le daba ampliamente para vivir y, además, decía él, tenía sus ahorros, que nadie sabía exactamente a cuánto alcanzarían.

Alf Bryan no era ya el joven impulsivo, casi agresivo, que un buen día, hacía años, llegó a Danville, vio a Eloísa Slaidler, se enamoró de ella y, seguidamente, pidió su mano a los Slaidler padres y acabó como suelen acabar la mayoría de los hombres: casándose.

Pero no se quejaba de la elección que había hecho. Seis años llevaban casados y seguía tan enamorado de su mujer como el primer día. A ella le ocurría otro tanto con respecto a él.

Porque Alf Bryan, a pesar de estar entrando o haber entrado ya en la cuarentena, era lo que se dice un guapo mozo. Únicamente, que la vida sedentaria que llevaba, casi todo el día detrás del mostrador de la tienda, empezaba a desfigurar su esbelta figura, poniendo en su cuerpo adiposidades innecesarias.

Nadie sabía de dónde venía ni a dónde iba cuando llegó a Danville seis años atrás. Pero eso no quitaba para que todo el mundo le apreciase y respetara incluso.

Lo mejor de la ciudad pasaba a menudo por la tienda de Alf Bryan. Allí encontraban cuánto necesitasen para sus automóviles y, además, la sonrisa siempre abierta y la mano amiga de su propietario.

Andando el tiempo, Alf Bryan llegaría a ser un personaje en la ciudad, y si no lo era ya se debía a que hacía lo posible para figurar cuanto menos mejor.

Realmente, no le importaba nada más que su mujer y sus hijos. El pequeño Alf, de cinco años, y la muñequita de Eloísa, que empezaba ya a andar. Cuanto no tuviese relación con ellos y con su mujer, le pasaba inadvertido.

Si le buscaban para cualquier necesidad, le encontrarían siempre dispuesto a ayudar a los demás, si no, era difícil que le vieran relacionarse con nadie.

Pasaba la vida entre la tienda y los suyos.

Y en la tienda, estaba la tarde aquella que paró, ante la puerta, el Cadillac negro del que se apearon los tres hombres que permanecieron un instante parados en la acera, mirando la muestra del establecimiento y hablando entre ellos, en voz baja.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó uno, bajito, recio, y que sorbía a cada instante, sin preocuparse de sacar el pañuelo y limpiarse la nariz.

—Naturalmente que es aquí —respondió otro, alto, seco y con una nariz tan descomunal que debía salir lo menos un palmo del arrugado pergamino de la cara—. ¡Si no voy a saberlo yo!

—Pues si es aquí, andando —dijo el tercero, ni tan bajo como el primero, ni tan alto como el segundo. Éste se distinguía por el hoyo

que tenía en la frente, junto a la sien. Visto por el lado derecho, era un hombre normal. Por el izquierdo, producía la sensación de tener la cara inacabada, de que había faltado huesos para rellenarle el hoyo de la frente.

Éste fue el que empujó la puerta de la tienda de repuestos para automóvil y entró el primero al establecimiento.

Los otros des, fueron detrás de él.

Alf Bryan, arrellanado en una de esas mecedoras de madera con asiento y respaldo de rejilla, dormitaba vuelto de espaldas a la puerta, y con los pies encima de un taburete metálico.

Si oyó a los que acababan de entrar, no se molestó en abrir los ojos. Continuó en la misma posición. Después de todo, ya le llamarían si querían algo de él. En Danville, nunca ocurría nada de importancia.

—Ése es —dijo el de la nariz descomunal, apuntando a Bryan.

Y el del hoyo repitió:

—Vamos.

Llegaron junto al propietario de la tienda, y el de la nariz descomunal llamó:

—Alf, despierta —al tiempo, le puso los cinco dedos de la mano derecha en el hombro, y le zarandeó.

Alf Bryan abrió los ojos. Generalmente su mirada, al menos desde que se estableció en Danville, solía alterarse pocas veces. Pero aquella vez, cruzó algo así como un relámpago por sus pupilas.

En cambio, los músculos de su cara no se alteraron lo más mínimo. Dijo:

—¡Hola, Pat! ¿Qué te trae por aquí?

Pat, el narigón, sonrió, y, al sonreír, enseñó dos hileras de dientes también descomunales y notablemente sucios. Tenía una sonrisa repelente.

—Pues... venía con estos amigos. Donovan —señaló al bajito y recio, que sorbió con mejor gana al sentirse objeto de la atención de Bryan— y Sanders —apuntó el del hoyo en la frente.

Éste tendió la mano a Bryan, que hizo como si no to hubiese visto.

—Ya veo que vienes con estos amigos. ¿Necesitáis algo para el coche?

Pat negó con la cabeza, y respondió:

—No, Bryan, no necesitamos nada para el coche. Te necesitamos a ti.

—¿A mí? —Bryan pareció extrañado.

—Sí, a ti —intervino en la conversación Donovan, el de los sorbos.

Bryan abandonó lentamente la mecedora, y, frente ellos, de pie, les miró a los tres de arriba abajo, con irritante fijeza.

—¿Para qué me necesitáis? —preguntó.

—Aiello nos ha enviado a buscarte —habló el narigón por los tres.

—Y ha dicho que no vayamos sin ti de ningún modo —añadió Donovan.

—Conque sí, ¿eh? —se burló Bryan—. ¿Por qué no te limpias la nariz? Me estás poniendo nervioso con tanta sorber.

Donovan no le hizo caso. Aunque se hubiese limpiado la nariz, habría seguido sorbiendo. Lo hacía por costumbre. Graznó:

—Cada uno tiene sus defectos.

En otra ocasión y lugar, Alf Bryan le hubiese hecho aclarar aquello de los defectos; pero estaba demasiado preocupado por lo que acababan de decirle, para conceder demasiada importancia a Donovan.

—Cierto —volvió a intervenir Pat, el narigón—. Aiello ha dicho que te llevemos como sea, incluso...

—Por la fuerza, ¿no? —le interrumpió Bryan.

De que estaban dispuestos a llevárselo por la fuerza, lo demostraba el que tanto el pequeñajo como el del hoyo en la frente tenían la mano derecha en el bolsillo de la americana, y Bryan sabía bien lo que significaba aquello.

—Esperamos no tener que llegar a semejante extremo —declaró Pat.

—Veo que se han cambiado las tornas —dijo Bryan—. Antes era yo quien mandaba, ahora lo hacéis vosotros y yo tengo que obedecer. Decidme: ¿qué quiere Aiello de mí?

Pat, Donovan y Sanders se consultaron con la mirada. El tercero habló por los tres.

—Que trabajes para nosotros y con nosotros —confesó.

Bryan se echó a reír.

—¿Qué trabajo para vosotros y con vosotros? —repitió—. Estáis

locos. ¿No os habéis dado cuenta de que estos tiempos ya no son los de antes, desde que ha empezado a actuar el

F. B. I.?

Ya no se puede comprar a la gente...

—Se puede continuar igual que antes —saltó Donovan—. Pero hace falta andarse con más cuidado y planear mejor las cosas. Por eso, venimos en tu busca. En Chicago, todavía hay quien trabaja y bien. Gente lista. Ni Aiello ni nosotros tenemos demasiadas luces. Tú, en cambio...

Sí, él en cambio, había gozado fama, años atrás, de poseer una inteligencia privilegiada para planear y llevar a cabo los golpes más espectaculares que se habían conocido en los Estados Unidos. Su «gang», bajo sus órdenes, conseguía el dinero a montones...

Claro que todo fue hasta que empezó a funcionar el Federal Bureau of Investigation y decidió retirarse a tiempo. El dinero ganado con sus malas artes, dinero que había costado muchas vidas, supo ponerlo a salvo, ocultándolo donde jamás podrían encontrarlo, y él había ido a vivir a aquella pequeña ciudad, donde nadie le conocía.

En Danville, era un ciudadano como otro cualquiera. Un buen esposo, un buen padre de familia y un contribuyente honrado que no tenía el menor roce con la Ley.

Además acabó habituándose a aquella vida, y le gustaba.

Como callase, Sanders concluyó lo que iba a decir Donovan:

—Tú, en cambio, volverás a levantar el «gang». Ahora, apenas ganamos dinero.

—¿Y si me niego a secundar vuestros planes?

Pat tomó a enseñar los dientes en un amago de sonrisa, y contestó con otra pregunta.

—Tenemos varios resortes que tocar para convencerte. Por ejemplo, ¿te gustaría que tu mujer supiese lo que eras antes de venir a Danville?

Bryan palideció y cerró los puños, en ademán de amenaza. No, no le gustaría que su mujer se enterase de su vida anterior a su llegada a Danville. Le aterraba que llegase a saberlo. Posiblemente, no le perdonaría jamás el que la hubiera engañado.

—Ya lo vemos, no te gustaría —gorjeó Donovan.

Bryan prefirió callar. ¿Qué podría contestarles? Al venir en su

busca, era seguro que se habrían enterado de su situación actual, del cariño que sentía por los suyos, de su decidido propósito de dar al olvido su vida anterior.

Y mira por donde, tenía que volver a enfrentarse con todo lo que creía que ya era sólo un recuerdo, algo pasado y que no podría volver.

Procuró serenarse. Aún no estaba todo perdido. Tenía dinero, mucho dinero. Procuraría deshacerse de Pat y de sus compinches, volvería a Danville y se llevaría consigo a su mujer y a sus hijos, para no volver jamás por allí.

Quizá Se fueran a Europa, o a África. Cuanto más lejos de los Estados Unidos, mejor. Donde nadie pudiera reconocerle, donde le dejasen disfrutar de su dinero tranquilamente...

Pat, Donovan y Sanders esperaban su contestación.

—¿Qué decides? —preguntó el primero.

—Bueno ¿qué dices? —graznó el segundo, acompañándose de un ruidoso sorbetón.

Sanders, el del hoyo en la frente, no dijo nada. Seguía acariciando la pistola en el bolsillo.

—Que quizá tengáis razón. Empezaba a cansarme de esta vida —mintió:

—Entonces, ¿no temes a los del

F. B. I.?

Bryan sonrió, con suficiencia:

—¿Y por qué he de temerles? —dijo—. ¿No son hombres como nosotros?

—Claro —admitió Donovan.

—Naturalmente —rezongó Pat.

Sanders contestó con un gruñido.

—¿Y dónde nos espera Aiello? —preguntó Bryan.

—En Chicago.

—Entonces, me permitiréis recoger algunas cosas y despedirme de mi mujer.

Los tres volvieron a consultarse con la mirada. Según se veía, ninguno era capaz de adoptar una resolución por sí mismo. Aquella vez, se pusieron de acuerdo para negar:

—No tienes que recoger nada —farfulló Donovan—, en Chicago encontrarás cuánto necesites.

—A tu mujer, le dejas una nota comunicándole que vas a donde quieras decir, un viaje urgente e imprevisto —dispuso Pat.

Sanders fue más sincero, dijo:

—Puedes hacernos alguna jugarreta. No nos fiamos de ti.

Precisamente, eso era lo que pretendía Bryan: hacerles la jugarreta de coger la pistola que guardaba en el cajón del mostrador, para sacarla luego, en el momento oportuno.

—Toma, escribe. —Pat le alargó un papel y la estilográfica—. Cuando hayas iniciado los negocios de nuevo con nosotros, te dejaremos en libertad de movimientos. Entre tanto, deberás considerarte nuestro prisionero.

Semejante perspectiva, no le hacía la menor gracia a Bryan. Sin embargo, disimuló lo mejor que pudo. Cogió la estilográfica, y escribió unas letras de despedida a su mujer.

Cuando hubo concluido, dijo:

—Si queréis, podemos irnos.

—Sí, vámonos ya.

Salieron a la tienda. Entre Pat y de Donovan, Bryan. Antes de cruzar el umbral, antes de llegar a la calle, volvió la cabeza y miró para la tienda. Y al hombre duro, frío, y hasta cruel, en ocasiones, que era él, se le saltaron las lágrimas...

Detrás de sí, dejaba cuanto le era querido. Creía haber terminado con su vida anterior, y el «gang» la llamaba de nuevo, le obligaba a continuar con algo que le repugnaba ahora.

—¡Bah!, no te preocupes —graznó Pat—. Pronto volverás por aquí. Ya lo verás.

Bryan no contestó. ¿Volver? Claro que volvería, y cuanto antes mejor. Al menor descuido de cualquiera de los tres...

Pat se puso al volante del Cadillac, y en el asiento de atrás, Bryan, entre Donovan y Sanders.

—Ya puedes arrancar, Pat —ordenó el último, una vez estuvieron acomodados.

Y Pat puso el coche en marcha.

Pronto dejaron atrás Danville. Anocheecía. Pat encendió los faros. Arriba, en el cielo, también se encendían los faros de las estrellas.

A cada milla que adelantaban hacia Chicago, Bryan pensaba que era una milla más que se alejaba de los suyos. Tenía que encontrar el medio de deshacerse de aquellos hombres.

Disimuladamente, con el codo, rozó el pecho al de los sorbetones, que lo tenía a su derecha, y pensó: «Ahí lleva la pistola. Si pudiera quitársela...». Mas ¿cómo iba a poder hacerlo? De haber ido sólo con él, en el asiento de atrás, claro que lo hubiera conseguido; pero estaba el otro, el tal Sanders, que no sacaba la mano del bolsillo para nada. Era el más peligroso y el más desconfiado. Tal vez en Chicago...

—¿Qué sucede, Pat? —preguntó Sanders, de pronto.

—¿Por qué paramos? —quiso saber Donovan.

En efecto, acababan de detenerse en medio de la carretera. Otros coches cruzaban veloces, unos en dirección a Chicago; otros, para Danville...

—Algo no va bien —gruñó Pat—. Voy a ver qué sucede.

Abrió la portezuela y saltó del coche, a la carretera.

Una vez abajo, levantó el «capot» y estuvo hurgando en el motor largo rato.

Debía tener poco de mecánico, pues no conseguía dar con la avería. Donovan chilló:

—¿Es que vamos a estar aquí toda la noche? ¿No aciertas lo que le pasa a este cacharro?

—Baja tú, a ver si lo consigues —gruñó Pat, de mal humor.

—Allá voy...

Se echó abajo, a demostrar sus conocimientos de mecánica, y Bryan pensó que había llegado el momento de actuar él también.

No importaba que Sanders estuviese empuñando la pistola. En más de una ocasión, había tenido que deshacerse de tipos como él, desconfiados y recelosos. Todo sería cuestión de andar listo, de obrar con celeridad.

Y con tal celeridad obró, que a Sanders no le dio tiempo de hacer uso de la pistola. Fue visto y no visto. El puño de Bryan subió hasta su barbilla con una velocidad pasmosa y una fuerza tan descomunal que casi lo levantó del asiento.

Pat y Donovan, que andaban metiendo la nariz en el motor del coche, levantaron la cabeza sobresaltados al oír el aullido con que Sanders acogió el inesperado ataque de Bryan.

—¿Qué sucede? —exclamó Pat.

—¡Ha sido Sanders! —afirmó Donovan, llevándose la mano, instintivamente, a la sobaquera.

No fue menester hablar más de aquello. Los dos comprendieron inmediatamente lo sucedido, y los dos se quitaron de en medio lo más rápidamente posible, no fuese a darle a Bryan por emprenderla a tiros con ellos, ahora que, con toda evidencia, tendría la pistola de Sanders.

Pero el quitarse de en medio no quería decir que hubiesen decidido dar por terminado el asunto. Aiello había dicho que le llevasen a Bryan, y tenían que llevárselo.

Tendidos en el bordillo de la carretera, el uno a un lado y el otro en el contrario, aguardaron a que Bryan se decidiese a adoptar alguna resolución.

Dentro del coche no continuaría mucho tiempo, y ponerlo en marcha tampoco podía.

Iguales reflexiones se estaba haciendo él. Un puñetazo había bastado para dejar sin conocimiento a Sanders. Ahora tenía su pistola, más nada podía hacer con ella, porque en cuanto saliese del coche le acribillarían a balazos Pat y Donovan.

Claro que tampoco podía continuar allí toda la noche. Pensaba a marchas forzadas.

Pasaba el tiempo. Ahora tardaban más en cruzarse otros coches con ellos, y los que lo hacían pasaban veloces, ajenos sus ocupantes a su ansiedad y a su angustia.

Al final decidió saltar al suelo y hacer lo posible por escapar.

Posiblemente, antes de que Pat y Donovan se diesen cuenta de que escapaba, podría huir. Además, también tenía la pistola, y todo sería cuestión de disparar él primero.

Abrió la portezuela con cuidado, despacio, y se puso en cuaimas junto a ella, para saltar afuera en cuanto la hubiese abierto.

Por fuera andaban Pat y Donovan, con los ojos clavados en el coche, con las pistolas en la mano, esperando, precisamente, aquello. No tirarían a matar, desde luego. Les interesaba atrapar a Bryan con vida y llevárselo a Aiello, pero Bryan no llegaría lejos, de todos modos...

Bryan acabó de abrir la portezuela, de un empujón, y se dispuso a saltar a la carretera.

II



ANDERS abrió un ojo y no vio más que tinieblas y algo así como lucecitas saltarinas danzando por el techo del automóvil. Su primera intención fue preguntar qué era aquello, y lo hubiese hecho al no atragantársele las palabras en el garguero.

Luego abrió los ojos, cosa que le ayudó grandemente a ver con algo más de claridad, claridad que le entró, al mismo tiempo, en el cerebro. Las ideas empezaron a hacérsele menos confusas. Tanto fue así que, súbitamente, tal vez por el dolor aquel de la barbilla, recordó lo sucedido.

Y al recordar lo sucedido, vio a Bryan. Estaba en cuclillas, junto a la portezuela del automóvil, dándole la espalda.

Aunque no demasiado inteligente, Sanders no era tan torpe como para dejar de figurarse lo que Bryan iba a hacer.

De que Pat y Donovan andaban por fuera, no se acordó. De lo que sí se acordó fue de que Aiello les había dicho que habrían de llevarle a Bryan como fuese, y que Bryan les haría ganar mucho dinero.

Si se enteraba Aiello de que Bryan había escapado por culpa suya, sería capaz de meterle unas cuantas balas en el cuerpo, y él se encontraba muy a gusto en este mundo.

La única posibilidad de evitarlo era impedir que Bryan escapase, y para ello...

Cuando un hombre piensa que le pueden meter unas cuantas balas en el cuerpo, precisamente por no haber andado listo, suele adquirir una velocidad asombrosa de movimientos.

Y aquello fue lo que le sucedió a Sanders. Si escapaba Bryan, peligraba su vida. Pues a evitar que escapase...

Bryan saltaba ya para afuera del coche, cuando se sintió cogido por las piernas.

—¡Maldito! —gritó.

Sólo pudo hacer eso: gritar. Del impulso que llevaba para lanzarse afuera cayó de bruces, y se dio un golpe contra el suelo.

Sanders le soltó las piernas, y cayó sobre él, impidiéndole todo movimiento.

—¡Eh! Venid acá —llamó, a gritos, a sus compañeros.

Al oírle, Pat, que era el que andaba más cerca, se dijo: «Algo pasa. Parece Sanders el que llama».

Claro que era Sanders. Allí estaba, a caballo sobre Bryan, quien apenas podía respirar, un tanto por lo del batacazo y otro tanto por el peso del «gángster» del hoyo en la frente.

La pistola se le había escapado de la mano al caer él al suelo.

Pat se dio cuenta de lo que sucedía, y llamó al de los sorbos:

—Donovan, ¿no oyes? Pat nos está llamando.

—Claro que os estoy llamando. Venid a ayudarme.

Acudieron corriendo, uno por cada lado. Donovan, con sus sorbetones, Pat, a saltos, igual a un extraño avestruz con americana, pantalones y cuello de pajarita.

—Saltaba afuera cuando... —empezó a decir Sanders.

—Cuando le atrapaste de nuevo —farfulló Donovan.

—Déjale levantarse —graznó Pat—. Le estarás haciendo daño, y ya no puede escapar.

Bryan no decía nada. Le había fallado la tentativa de escapar. Ahora comprendía que aquellos hombres estaban dispuestos a todo con tal de lograr que fuese con ellos, que volviera a unírseles en la vida que llevaban de fuera de la ley.

Y no era que estuviese arrepentido de su vida anterior, ni que temiera a nada ni a nadie. Simplemente, ansiaba vivir tranquilo, dedicado a los suyos.

Donovan le ayudó a levantarse.

—Anda, levanta —dijo—. Y vámonos de aquí.

Se levantó lentamente, sin prisas, sacudiéndose el polvo de la ropa con las manos. Mientras lo hacía, pensaba en su mujer y en sus hijos, y también pensaba que, posiblemente, no volvería a verlos...

—Anda, entra.

Le empujaron y entró al automóvil. Pat, luego de andar hurgando en el motor un buen rato, encontró la avería.

—Era el encendido —dijo.

Subió al coche y se puso al volante. En el asiento de atrás, Bryan, entre Donovan y Sanders, le miraba en silencio.

—Nos vamos —anunció Pat.

—¡Ya era hora! —Gruñó Sanders.

Y reanudaron la marcha hacia Chicago, Pat pisó el acelerador a fondo...

Entre tanto, Giovanni Aiello se encontraba en su establecimiento de bebidas El Huracán, esperando la llegada de sus hombres y de Alf Bryan.

Había sido idea suya aquello de llamar a Bryan para que volviera a ocuparse de los asuntos del «gang».

Muchas cosas habían cambiado radicalmente desde la creación del

F. B. I.,

y de la desaparición de la ley seca. Había que andarse con tiento. Sin embargo, todavía podían hacerse buenos negocios, siempre y cuando contaran con un cerebro como el de Bryan, dispuesto a ayudarles.

—Y si no nos ayuda por las buenas tendrá que hacerlo por las

malas —gruñó Aiello.

Fue una casualidad descubrir el retiro de Bryan en Danville. «El Canguro», que le vio al pasar por allí, en su tienda de repuestos para automóvil.

«El Canguro», uno de los antiguos miembros del «gang», según Aiello, no tenía dos dedos de frente, pero era un elemento valiosísimo en cuanto se tratase de hacer uso de las pistolas o de la «Thompson».

Aiello, en lo que esperaba, estuvo pensando en muchas cosas. Y antes de que llegasen aquéllos recibió otra visita.

El señor Scaliche entró en El Huracán un tanto cohibido. Era la primera vez que acudía a uno de aquellos lugares. Aunque estaba acostumbrado a vivir con lujo, quedó maravillado y sorprendido de la fastuosidad de El Huracán.

—¡Fantástico! —exclamó.

El techo, de espejos, multiplicaba hasta el infinito el amplio recinto, contribuyendo a realzar la hermosura de los mármoles de que estaban revestidas las paredes.

Figuras desnudas de mujer y de atletas, talladas en mármol también, se sustentaban sobre columnas de basalto, en los extremos del salón.

Lámparas de cristal de roca colgaban del techo, derramando torrentes de luz sobre los clientes, acodados en la barra del mostrador o sentados a las mesas, con aire displicente.

—¡Maravilloso! —volvió a exclamar el señor Scaliche.

Más de uno de los clientes volvió la cabeza para mirarle, al verle entrar; pero su aspecto inofensivo les hizo olvidarse en seguida de su presencia allí.

Quien siguió mirándole fue un hombre alto y fornido, con la cabeza excesivamente pequeña para su corpachón, que hizo una seña a uno de los camareros indicándole que fuese junto al señor Scaliche.

El camarero se apresuró a obedecer la muda orden del hombre de la cabeza pequeña.

—¿Busca usted a alguien, señor? —preguntó.

—¿Qué? —respondió el señor Scaliche, sobresaltado—. ¡Ah! Sí, busco a alguien. Claro que busco a alguien. Pero no lo veo por aquí.

Miraba a todos lados, estirando el cuello y empinándose sobre

las puntas de los pies.

—¿A quién, señor?

En vista de que no andaba por allí el que buscaba, se decidió a hablar:

—Puede que se haya ido —dijo—. Busco al señor Aiello. ¿Le ha visto?

Quien pareció sorprenderse ahora fue el camarero.

Miró de arriba abajo a aquel hombrecillo de cara de pájaro y gafas de concha, que esperaba de él una contestación, y dijo:

—¿Al señor Aiello? No sé. Espere.

El señor Scaliche vio cómo el camarero se dirigía a la barra del bar y hablaba en voz baja con uno de los hombres arrimados al mostrador, con el que no le quitaba ojo desde que él había entrado en El Huracán.

A poco, el camarero volvió acompañado del tipo de la cabeza pequeña.

—¿Qué quiere del señor Aiello? —preguntó, mirándole fijamente a los ojos, como si quisiera adivinar sus pensamientos—. ¿No será usted un «pigeon»? [1].

—¿Un «pigeon»? —exclamó, interrogativamente, Scaliche, abriendo mucho la boca—. ¿Qué es eso?

—No, nada —barbotó el otro, convencido de que no podría ser aquello que decía—. Dígame: ¿para qué quiere ver a Giovanni? —volvió a preguntar.

El hombrecillo metió la mano en el bolsillo interior de su americana y sacó una voluminosa cartera. Extrajo de ella una tarjeta y se la dio al de la cabeza pequeña, sin decir palabra.

—Pietro Scaliche, propietario de los almacenes El Siglo —leyó, para añadir a continuación—: Los del incendio, ¿no?

Asintió el otro con la cabeza y dio un profundo suspiro.

—El mismo —dijo.

—Veré si está el jefe —prometió el de la cabeza pequeña.

Dio media vuelta y salió del salón por una puerta del fondo. Pietro Scaliche, ya más confiado, avanzó hasta el mostrador y se apoyó en él.

—¿«Whisky»? —le preguntaron.

—Nada —contestó, como ofendido—. No he venido a beber.

Una carcajada general acompañó a sus palabras, y un hombre

con aspecto de gorila le echó el aliento a la cara, al tiempo que le cogía por las solapas de la americana.

—Pues si no has venido a beber, ¿qué te trae por aquí? —Gruñó—. ¿A que resulta que eres de los de la ley seca? Amiguito, eso ya se ha terminado. Hoy día, todo hombre honrado bebe hasta hartarse. Anda, toma, métete esto al cuerpo...

El señor Scaliche estaba asustado. El gorila le metía por las narices un vaso enorme, rebosante de «*whisky*».

—Anda, bebe —repetía—, o te lo echo por la cabeza.

Mal lo hubiera pasado entre las manos de aquel energúmeno de no haber acudido en su ayuda el de la cabeza pequeña, que volvía al salón en aquel momento.

—¡Quita de ahí, Herbert! —ordenó al gorila, dándole un empujón que le hizo tambalearse en el taburete en que estaba sentado—. No te importa a qué ha venido este hombre aquí. Es amigo de Aiello.

—¿Amigo de Aiello? —repitió el otro—. No lo sabía. Perdona, «Canguro», y usted también, buen hombre.

«El Canguro» no se dignó contestar.

—Vamos, señor Scaliche —dijo.

Y echó a andar, seguido del hombrecillo. No podían haber elegido un apodo mejor que aquél para el lugarteniente de Aiello. Sus cortos brazos y el largo cuello, rematado por la minúscula y rapada cabeza, le prestaban una singular semejanza con un canguro.

Esa semejanza aumentaba al verle andar a saltos, al adelantar las largas piernas y los gigantescos pies, sensiblemente desproporcionados con el resto del cuerpo.

Pietro Scaliche, curioso de suyo, no hubiese dejado de fijarse, en otra ocasión, en aquellos detalles; pero entonces estaba muy preocupado con su problema personal y ni siquiera prestó atención en el singular tipo que le precedía y guiaba.

Tampoco se fijó en que, antes de llegar a la puerta de acero que cerraba la entrada al despacho de Giovanni Aiello, hubieron de atravesar un largo corredor en el que montaban guardia algunos hombres de aspecto nada tranquilizador.

Sólo se dio cuenta de que «el Canguro» golpeó la puerta con un objeto metálico, que bien pudo ser una pistola, y que aquélla se

deslizó con lentitud hacia la derecha, accionada eléctricamente desde dentro.

—Pasen —oyó decir.

Pasaron. Un hombre se hallaba sentado detrás de una enorme mesa de despacho.

—Aiello, amigo mío —dijo Scaliche, adulator.

—Acérquese, señor Scaliche.

Tiempo hacía que Scaliche no había vuelto a ver a Aiello. Años. La última vez que lo vio fue allá, en Sicilia. Y de entonces a acá habían sucedido muchas cosas, había llovido mucho...

Sin embargo, parecía que los años no pasaban por él. Le miró fijamente.

Aiello le sonreía. Su boca, sensual, de labios muy encarnados, ponía un sello de eterna juventud en aquel rostro surcado ya de algunas arrugas. Sus ojos eran azules, y su mirada lánguida, nostálgica, como si añorase el sol de la isla de Sicilia...

Scaliche se había parado en medio del despacho y le observaba en silencio.

—Venga para acá, señor Scaliche.

¡Señor Scaliche, señor Scaliche! Siempre le había llamado así, cuando niño aún correteaba por las calles del pueblecito siciliano, con las nalgas al aire y los pies descalzos, mientras él, un hombre ya, despachaba habichuelas y garbanzos a las mujerucas de la localidad, en su tienda de la calle Real.

Ahora era distinto. Giovanni Aiello vestía de «*smoking*», elegante, como si estuviese dispuesto para asistir a una fiesta.

No se equivocaba. Para Aiello, la vida era una perpetua fiesta, del goce o de la muerte, del placer o del dolor.

Se extasiaba ante las obras de arte y se recreaba ante el crimen bien perpetrado, ante el asesinato perfecto que no deja rastros delatores para su autor.

Tampoco le importaba apretar el gatillo de la «Thompson» y barrer a sus enemigos con las balas que salían por su negro cañón, como un ramillete de flores mortíferas.

Aquello también tenía belleza, arte, decía. No carecía de atractivos ver cómo se doblaban los cuerpos pletóricos de vida un segundo antes, y cambiaban los rasgos de las caras al recibir el minúsculo trozo de plomo...

Una mano gruesa y nervuda, en la que brillaban piedras preciosas, se tendió hacia el visitante, en amistoso gesto de bienvenida. Scaliche la estrechó entre la suya, pequeña y flaca.

—Siéntese, señor Scaliche.

Se sentó, en una silla, frente a Aiello. Éste dijo:

—«Canguro», ¿quieres dejarnos?

—Sí, claro.

Se fue, refunfuñando. Le hubiese gustado enterarse de lo que le llevaba por allí al propietario de los almacenes El Siglo.

La puerta, de acero, se cerró a su espalda, con chirrido metálico.

—Bien, señor Scaliche; usted dirá qué le trae por aquí.

Scaliche estaba entretenido en observar cuanto le rodeaba: los cuadros, colgando de las paredes; los muebles, de ricas maderas; la caja de caudales, empotrada en la pared, y la puerta disimulada, detrás del «gángster».

Se fijó, sobre todo, en una «Madonna», copia de otra de Rafael, e hizo un gesto de desagrado, que no pasó inadvertido a Aiello.

—Es un recuerdo de otros tiempos —dijo—. Algo que me hace pensar en nuestra tierra —se justificó, dando una dulce, entonación a su voz—. Ya sé que aquí no está bien una «Madonna» (1); pero ella hace que me crea un poco mejor de lo que soy.

«¿Será que está arrepentido de su vida de crímenes?», pensó Scaliche, dejándose engañar por sus ojos soñadores y la agradable entonación de su voz.

Aquellos momentos de debilidad pasaron en seguida para Aiello. Pronto volvió a ser el «gángster» frío y calculador, sin más ley que su propia voluntad y sin más deseo que su ambición desmedida...

—Dígame: ¿qué le trae por aquí? —instó, casi agresivo, como avergonzado de que un extraño hubiese podido creerle capaz de emocionarse por los recuerdos de otros tiempos.

—Han incendiado mis almacenes —contestó Scaliche—. En ellos tenía empleada toda mi fortuna. Largos años de trabajos y de sacrificios.

Los ojos le brillaban detrás de las gafas.

—¿Y por qué viene a contarme a mí eso, en lugar de hacerlo a la Policía, a los del

F. B. I.?

Scaliche se agitó, inquieto, en la silla. Dijo:

—Porque sé quién ha sido.

—¿Que sabe quién ha sido? De todos modos, no cambia nada la cuestión. Si han incendiado sus almacenes, yo nada puedo hacer en su favor.

—¿Y si los incendiarios hubiesen sido los hombres de Nitti?

—¿Los hombres de Nitti? —barbotó Aiello—. ¿Esos cerdos?

—Sí, esos cerdos. Querían volver a los tiempos de antes, imponerme por la fuerza sus mercancías, hacerme pagar un tributo. Y me negué a ello...

Un fruncimiento de labios, una mueca de odio, delató la ira que dominaba a Aiello.

—¿Está seguro, señor Scaliche, que han sido los hombres de Nitti los que...?

—Seguro —afirmó el otro.

Al «gángster» no le importaba, en absoluto, que hubiesen incendiado los almacenes El Siglo ni que Scaliche hubiera quedado en la ruina.

Pero Nitti era su enemigo irreconciliable, el enemigo de todos los del «gang». ¡Cómo iba a alegrarse Bryan cuando supiera que Nitti había vuelto a dar señales de vida, que estaba en Chicago!

Nitti tenía una vieja cuenta pendiente con Bryan. Nitti serviría para que Bryan volviese a colaborar en el «gang» de mejor gana.

Sin embargo, no dijo nada de aquello a Scaliche.

—¿Y qué quiere usted que haga yo? —respondió, displicente, cambiando bruscamente de expresión, como si lo que acababa de oír no le importase.

—Tenía entendido que erais enemigos irreconciliables, y pensó que te gustaría saber que Nitti había vuelto a Chicago.

Aiello se encogió de hombros.

—Éstos son otros tiempos, señor Scaliche. Ahora, la Justicia funciona de otro modo. No puede uno aventurarse a nada que pueda comprometerle, porque se juega la cabeza. ¿No ha oído hablar del

F. B. I.?

—Sí, claro que he oído hablar del

F. B. I.,

pero no creo en ellos, cuando hombres como... —Iba a decir como él, pero se lo calló—. Nitti andan todavía sueltos por ahí.

—Lo único que puedo hacer —dijo por concluida Aiello la entrevista— es ordenar a mis muchachos que vigilen que no se repita lo de hoy —terminó, levantándose del asiento, al tiempo que oprimía un botón que tenía al alcance de la mano.

—¿Que vigilen que no se repita lo de hoy? —murmuró Scaliche, levantándose también de la silla—. ¿Y qué han de vigilar, si me han dejado en la ruina?

Aiello no le contestó. Al apretar el botón, la puerta de acero volvió a abrirse lentamente, y «el Canguro» entró de nuevo.

—Acompaña al señor Scaliche —le ordenó Aiello. Y luego, dirigiéndose al otro, añadió—: Créame que lamento lo ocurrido; pero no se volverá a repetir. Haremos lo posible porque no se repita.

Se despidió del flaco propietario de los almacenes El Siglo, quien salió convencido de que su visita no había servido para nada, ante la indiferencia de que dio muestras Aiello.

Pero estaba equivocado. Giovanni Aiello, nada más abandonar Scaliche la habitación, paseó de un extremo a otro de la habitación, nervioso, y repitiendo:

—¡Nitti, Nitti, siempre Nitti!

Había olvidado cerrar la puerta, y cuando volvió los ojos a ella vio en el umbral a los cuatro hombres.

—Aquí traemos a Bryan —anunció Pat, el narigón.

—Ya hemos llegado —dijo Donovan, el de los sorbos.

Y el del hoyo en la frente, Sanders, justificó la tardanza:

—Se nos ha averiado el coche en la carretera.

Aiello no contestó, parado en medio de la habitación, observaba a Alf Bryan. Mejor dicho, se observaron los dos mutuamente.

—Conque me necesitáis, ¿eh? —dijo Bryan al cabo del rato, con un extraño brillo en los ojos.

—Sí; y ahora más que antes.

—Es curioso. ¿Ya qué se debo ello?

Aiello contestó a su pregunta con otra pregunta:

—¿Has visto al hombre que acaba de salir de aquí?

—Sí, le he visto. ¿Quién era? —inquirió Bryan, sin demasiado entusiasmo.

—Pietro Scaliche.

—¿Pietro Scaliche? Bien, ¿y qué?

—Ya sé. Ese nombre no te dirá nada. Es un antiguo convecino mío, de cuando vivíamos en Sicilia. Aquí, en Chicago, había llegado a poseer los mejores almacenes de la ciudad: El Siglo, hasta que alguien se los ha incendiado y le ha dejado en la ruina.

Tampoco aquello le decía nada a Bryan, ni le importaba.

—¿Que se los han incendiado, dices? ¿Quién ha sido? —preguntó, abstraído en sus pensamientos, mientras prendía un cigarrillo.

—Carlo Nitti.

—¿Carlo Nitti?

El cigarrillo y la cerilla se le cayeron de las manos. Alargó el brazo y cogió a Aiello por las solapas de la americana.

Pat y Donovan, creyendo que iba a pegarle, se abalanzaron a separarles.

—¡Quietos! —Les detuvo Aiello. Y luego, volviendo a dirigirse a Bryan—: Sí, han sido los hombres de Carlo Nitti. Han vuelto a Chicago. Por eso he hecho que fueran a buscarte, Alf —mintió.

—¿Por eso solo?

Bryan le soltó. Le miraba a los ojos con obstinada fijeza. Aiello miró para otro lado.

—Aunque no sea así —dijo—, no creo que lamentos, que te hayamos traído.

Eso era algo a lo que Bryan no podía contestar con exactitud. Al verse allí, entre aquellos hombres, la sangre volvía a revolvérsele en las venas, a sentirse amo y señor de vidas y haciendas, como antes. La llamada del «gang» surtía su efecto.

Sabía que estaba ligado al crimen para siempre y que lo de Danville había sido sólo un paréntesis de tranquilidad en su existencia. Ya incluso parecía acordarse menos de la mujer y de los hijos.

Además, estaba lo de Nitti.

Rechinó los dientes y apretó los puños.

—¡Nitti, Nitti, maldito! —Gruñó. Luego se volvió a Aiello y empezó a dar órdenes—: Di a éstos que se vayan; tenemos que hablar tú y yo.

—Andad, marchaos —dijo Aiello.

Y Pat, Donovan y Sanders salieron andando. Aiello apretó el botón de encima de la mesa y la puerta se cerró detrás de ellos.

Después se sentó cómodamente en un sillón, frente de Bryan. Sacó un habano de una caja de plata que tenía también encima de la mesa, y ofreció otro a Bryan:

—¿Quieres?

—No, ahora no.

Callaron unos minutos. Luego, Bryan empezó a hablar:

—Tengo un plan para terminar con Nitti —dijo—. Va ser cosa fácil. Di a los muchachos que estén preparados para una expedición de castigo. No les digas más que eso, sólo tú y yo sabremos contra quién va dirigida; pero antes, escucha. Te diré lo que pienso hacer...

—Escucho.

Bryan fue exponiendo punto por punto su proyecto, con toda clase de detalles, como si lo tuviese escrito en el cerebro. Aiello, convertido de nuevo en su lugarteniente, le interrumpía de cuando en cuando:

—¿Ves cómo nos hacías falta? Nitti va a sentir de veras que hayas vuelto. Él no contará con que estás por aquí... Con una inteligencia como la tuya, me reiría yo del mundo.

Aiello sentía lo que decía. Para él no había nadie más inteligente ni con más méritos que Bryan.

Bryan volvería a ser el cerebro del «gang», y él, el brazo ejecutor. Ambos manejaban la pistola con velocidad sorprendente, aunque ya habían pasado los tiempos en que Bryan se viera precisado a hacer uso personalmente de ella.

—Esta vez —añadió Bryan— seré yo quien haga cantar el «Ukelele»[2]. Quiero tener la satisfacción de regalar a mi buen amigo Nitti un racimo de balas para que se haga un collar con ellas —terminó, sonriendo, figurándose ver el cuerpo del odiado Nitti acribillado a balazos, en medio de un charco de sangre—. Y ahora, quiero dormir. Estoy cansado.

—Me parece bien —admitió Aiello—. Ven para acá —abrió una puerta trasera y le hizo pasar.

Dentro tenía sus habitaciones, que, en adelante, serían las de Bryan.

—¡Pobre Nitti! —exclamó Aiello, burlón—. No daría dos peniques por su fea cabezota.

III



ARLO Nitti salió de Los Cuatro Dados pausadamente. El bar aquel era su guarida, su refugio. Algo parecido a El Huracán, de Aiello. Un lugar donde se traficaba de todo y con todo, en sucia almoneda del vicio y del crimen.

Los hombres apoyados en el quicio de la puerta, atentos a la menor alarma para hacer uso de las pistolas que empuñaban en el bolsillo derecho de la americana, se movieron, inquietos, al ver salir a Nitti, seguido de dos fornidos mocetones, un par de palmos más altos que él.

El «gángster» y los «doorkeepers» [3] cambiaron una mirada de inteligencia, y uno de ellos habló entre dientes, sólo para que le oyesen los que salían de Los Cuatro Dados:

—Sin novedad, Nitti.

—Bien —respondió éste, sin mirarle.

Aquella mañana, Nitti estaba preocupado por la súbita muerte del senador McFail, el último de sus incondicionales. El político, que le debía a él su rápida ascensión, le servía de mucho cuando tenía algún tropiezo, y no siempre se encontraban políticos como aquél, dispuestos a obedecer ciegamente las órdenes de los «gangsters». Sobre todo, desde la creación del Federal Bureau of Investigation. Las cosas estaban poniéndose muy feas.

Además, McFail había salido de Cícero, y como él, se había forjado en la dura escuela de las calles del arrabal. Juntos fueron ascendiendo, cada uno en su «carrera», hasta el día en que una enfermedad traidora puso fin a la vida del senador.

—¿Vamos, Carlo? —dijo uno de los guardaespaldas.

—Sí, vamos.

Subió a su lujoso sedán negro y se colocó en medio de los dos guardaespaldas.

—Podemos irnos —ordenó.

Otro coche, con cinco hombres de su «gang» les seguía a pocas yardas de distancia.

Las calles de Chicago rebosaban a aquellas horas de vehículos y peatones. El corazón de la gran ciudad palpitaba con el bullicio de la multitud, congestionado por el tumulto y la humareda.

El sedán negro de Nitti atravesó Chicago River por los enormes brazos de hierro de Jack-Knife, a gran velocidad, y se dirigió a la avenida de Ashland, por la que circulaban numerosos automóviles, que iban a unirse a la comitiva del entierro.

El conductor hubo de aminorar la marcha, conforme se acercaban a la casa del senador. El contador de velocidades apenas marcaba doce millas por hora, y Nitti se impacientaba:

—¿Es que no podemos ir más de prisa?

—Imposible.

En un claro de la circulación pudo pisar el acelerador, y el coche reanudó su veloz carrera.

Sesenta yardas más allá estaba el palacio de McFail, cuando un caballo salió de una callejuela. El hombre que lo montaba tiraba de las bridas sin conseguir dominarle, y el animal se encabritó delante del coche de Carlo Nitti, impidiéndole seguir adelante.

Los frenos rechinaron por la brusca parada.

En aquel momento, otro coche pasó a gran velocidad, rozando el sedán negro, inmovilizado por el imprevisto obstáculo, y una lluvia de balas se estrelló contra su carrocería.

Las negras bocas de las «Thompson» relucieron un instante a través de las ventanillas del coche asaltante, y los hombres que iban en el automóvil de escolta de Nitti repelieron la agresión, haciendo fuego contra los agresores.

La gente que transitaba por las aceras corrió a refugiarse en los portales, y el caballo emprendió un trote veloz, huyendo, asustado.

Pero el que lo montaba no llegó lejos. Nitti gritó:

—¡Que se escapa!

Y uno de los guardaespaldas apuntó al fugitivo con la pistola, apretó el disparador y la bala fue a incrustársele en el cerebro. Las manos soltaron las riendas del animal, y el cuerpo muerto fue resbalando lentamente para abajo, hasta rebotar, por último, en el suelo.

—¡Buena puntería, Jimmy! —rió Nitti, divertido—. Yo no lo hubiese hecho mejor.

El llamado Jimmy le miró a la cara. Le pareció que estaba un poco pálido y nervioso. El cigarrillo le temblaba en los labios.

—De buena hemos escapado —comentó, pasándose la mano por el cuello.

—¿Seguimos o nos volvemos? —preguntó el conductor.

—Seguimos; claro que seguimos —gruñó Nitti—. ¿Por qué no hemos de hacerlo?

—Creí que querías entendértelas con esos que nos han atacado.

—Tiempo habrá para todo —contestó Nitti, filosóficamente—. No quiero gastar más hoy en flores. Mañana o pasado enviaré un regalo a Bryan. ¿No le habéis visto?

Le habían visto todos. Empuñando una «Thompson».

—¿Dónde habrá estado todo este tiempo? —preguntó uno de los guardaespaldas, el tal Jimmy.

—No lo sé, ni me interesa —replicó Nitti—. Ahora que menudo chasco se van a llevar cuando se enteren de que las balas de sus «ukeleles» han resbalado por el lomo de nuestro buen amigo, sin hacemos daño.

Acariciaba amorosamente las paredes del coche.

Sus secuaces corearon la broma con ruidosas carcajadas.

Siguieron adelante. El jinete seguía en medio de la calle, boca arriba y con los brazos en cruz, mientras el caballo corría veloz, con las riendas sueltas, despavorido.

Los peatones asomaron, medrosos, la cabeza por los portales, y reanudaron la marcha al ver que había concluido el tiroteo.

¿Qué significaba aquello? ¿Volvían a los tiempos de atrás? ¿Es que tampoco servía el

F. B. I.,

para reprimir la cruenta y criminal lucha entre los «gangsters»?

Salieron andando, de prisa, con temblores de espanto.

Todavía flotaba en el aire el humo y el olor de la pólvora, cuando Carlo Nitti y sus hombres se apearon del sedán negro a la puerta de la casa del fallecido senador McFail.

Carlo Nitti, para estar a tono con las circunstancias, se había embutido en el negro «chaquet», y se cubría la cabezota con la reluciente chistera.

Parecía un señor de verdad.

Los guardaespaldas, sin demasiados disimulos, precavidos, seguían empuñando la pistola en el bolsillo de la americana.

Al parecer, con

F. B. I.,

o sin él, en Chicago volvía a imperar la ley de la fuerza y del terror, y Carlo Nitti era uno de sus principales mantenedores...

El Huracán solía estar casi siempre solitario por las mañanas.

Sólo algún que otro empedernido bebedor se agarraba, con obstinación, a la barra y permanecía sentado horas y horas en los altos e incómodos taburetes con el vaso de «*whisky*» o de cerveza sobre el mostrador.

A veces, cerraban los ojos, soñolientos y aburridos, Pero no por eso abandonaban sus posiciones, a no ser que algo anormal les obligase a llevarse la mano al pecho, para extraer la «Luger» de la sobaquera.

Sin embargo, aquella mañana, nadie dormitaba. Los cuatro o cinco hombres arrimados a la barra y que bebían «*whisky*» y cerveza a sorbitos, parecían nerviosos.

—¿Qué habrá pasado? —rezongó uno.

—¡Y yo qué sé! —bramó otro—. Déjame tranquilo.

La cosa era para estar nervioso. Alf Bryan, el mismísimo y famoso Alf Bryan; dirigía personalmente una expedición de castigo, y esperaban, con ansiedad, su resultado.

—Willy, ponme más «*whisky*» —bramó otro, alargando el vaso al camarero de detrás del mostrador.

—Bueno, hombre, bueno. Podrías pedirlo con mejores formas —gruñó el camarero, ofendido.

El cliente bramó:

—¡Qué formas ni qué...!

No continuó. Dio de lado al «*whisky*» y al camarero para ocuparse de lo que ocurría en el salón. Alf Bryan entraba en aquel momento en El Huracán, seguido de Aiello y sus compinches, que llevaban, casi a rastras, a otro hombre.

—¡Si es «el Canguro»! —comentó alguien—. Lo traen muerto.

En efecto, era «el Canguro». Cuando estuvieron, más cerca del mostrador vieron que un hilillo de sangre le corría por el pecho y que la cabeza se le bamboleaba al compás del movimiento que le imprimían sus conductores al andar.

La comitiva pasó al interior del establecimiento, y uno de los mozos se precipitó a limpiar el reguero de sangre que iba dejando «el Canguro» en el suelo.

—¡Lléname el vaso! —chilló el que había pedido anteriormente el «*whisky*»—. La sangre me pone nervioso...

No había resultado todo tan bien como lo planeó Alf Bryan. «El Canguro», uno de sus mejores hombres, se moría en aquellos momentos, alcanzado por las balas de los «gun-men»

de escolta de Carlo Nitti.

Y el que montaba el caballo quedó tendido, sin vida, en el asfalto de la avenida de Ashland.

Claro que los proyectiles de las «Thompson» segaron materialmente el coche de Nitti, como un abanico da balas, de las que Bryan estaba seguro que su enemigo no habría escapado.

Luego vio también cómo se doblaban para adelante dos de los ocupantes del automóvil de escolta de Nitti...

Alf Bryan lamentaba siempre la pérdida de alguno de sus hombres. Sobre todo, sentía extraordinariamente lo sucedido al «Canguro», y le parecía que sus ojos, ya sin vida, le miraban

acusadores, por no haber sabido defenderle.

La sangre se le agolpaba en las sienes, y un furor sin límites embargaba su ánimo. Paseaba por la habitación golpeándose el pecho con los puños cerrados, contrayendo la boca en un gesto de ira.

Sonó el teléfono. Lo cogió uno de los «gangsters», y preguntó:

—¿Quién?... Sí, aquí es... ¿Quién le llama?... —Luego se volvió a Bryan, y dijo—: Es para ti. Herbert te llama.

Bryan le arrebató el aparato de las manos, y dijo:

—Dime, Herbert. ¿Qué pasa?

Escuchó con atención. Palidecía. Los ojos le brillaban, de cólera. Sus dedos cogían con fuerza el teléfono y los dientes le rechinaban.

—¡No puede ser, no puede ser! —chilló, al cabo del rato, como enloquecido—. Yo mismo disparé contra él el «ukelele», y nunca fallo, bien lo sabes. ¡Herbert, estás...!

Todavía escuchó unos segundos más. Por último, dejó caer el teléfono, que se golpeó contra la mesa.

—¡Nitti llevaba el coche blindado! —gritó—. Ahora estará riéndose de nosotros, el muy cerdo.

Nunca le habían visto los del «gang» en semejante estado. Reanudó los paseos por la habitación, mesándose el pelo con desesperación, gruñendo y maldiciendo.

—¡Blindado, blindado! —repetía—. ¡El valiente de Nitti escudándose detrás de un cajón de acero! —De pronto se paró delante de sus hombres, que le observaban, asustados, y preguntó—: ¿Qué hacéis ahí, mirándome, como idiotas?

—Esperando a ver qué decides que hagamos con éste —contestó Aiello.

—¿Ése? —Miró al «Canguro». Lo tenían en el suelo, boca arriba. Parecía mirarles, a su vez, con sus ojos sin vida—. Lleváoslo al Michigan o al infierno —tronó—, pero quitadle en seguida de mi vista.

No podía resistir la presencia del muerto. Volvía a pensar en su mujer y en sus hijos, y en que también él podría estar algún día como «el Canguro», con la cabeza o el cuerpo acribillados a balazos.

—Tíradlo al Michigan —decidió, dándole la espalda—. Aunque mejor será que lo dejéis para la noche. Ahora pueden veros, y no conviene creamos más complicaciones.

—Llevas razón —asintió Aiello.

—De todos modos, sacadle de aquí. No quiero verlo.

—Bien, le bajaremos al sótano.

Aiello hizo una seña, y cuatro de sus hombres cargaron con el cadáver.

El fúnebre cortejo salió de la habitación, y Alf Bryan se quedó solo, mirándose las manos, sucias de sangre del «Canguro». Un vago presentimiento le acongojaba.

Buscó con la vista a la «Madonna» de Aiello. Allí seguía, con la mano tendida hacia adelante, como si pretendiese acariciarle.

Y el recuerdo de la mujer y de los hijos se hizo más angustioso, más acuciante. ¿Podría volver a Danville? No, no podía hacerlo. Aiello y el resto de sus hombres vigilaban para impedirse lo. Además, estaba lo de Carlo Nitti. Mientras no acabase con él...

Lo del tiroteo en las proximidades de la casa del senador McFail había sido sólo el principio de la reanudación de hostilidades...

Carlo Nitti acompañó al féretro que portaba el cadáver del senador McFail al cementerio. Además, fue uno de los que lo llevaron en hombros hasta el coche funerario, desde la casa que habitó en vida.

No era que le importase gran cosa el político ni que le tuviese verdadero afecto. Lo que sí le interesaba era dar la sensación de que nunca olvidaba a sus «amigos», incluso ni después de muertos.

Ocupó la presidencia del duelo, con la reluciente chistera en la mano, seguido de sus guardaespaldas, que le acompañaban a todas partes como tangibles prolongaciones de su sombra.

Luego, en el cementerio, cogió un puñado de tierra en la mano y lo echó sobre el féretro, con piadoso gesto de postrar tributo al amigo.

Ya había cumplido lo que él denominaba un deber social. Allí quedaba el que fue senador en vida, un político influyente. Él continuaría hacia adelante, por el camino emprendido, como todos aquellos que marchaban a su lado. Gente extraña, gente desconocida, la mayoría.

Cada cual iría por su lado, por la senda del bien o la del mal, por la de la honradez o la del delito.

Carlo Nitti subió a su famoso sedán negro, blindado, y emprendió el regreso a la ciudad.

El coche de escolta tuvo que quedarse atrás, para atender a los heridos o muertos ocasionados por las balas de las «Thompson» de Alf Bryan y sus secuaces.

Él, por su parte, no se preocupó de averiguar lo ocurrido. Le importaba más asistir al entierro del senador McFail que la vida de sus hombres.

Ahora se enteraría de todo y tomaría las medidas convenientes. La amable sonrisa de antes había desaparecido de sus labios. Al igual que Bryan, rechinaba los dientes.

Los guardaespaldas ni siquiera se atrevían a hablarle. Simplemente, le observaban en silencio.

Iba sumido en sus pensamientos. Le temblaban las manos, aunque tan débilmente, que sólo los que le conocían a fondo adivinaban que andaba tramando algo, y nada bueno.

Entra tanto, el coche se deslizaba veloz, sorteando el intenso tráfico de la ciudad.

—¿Adónde vamos, Nitti? —preguntó el conductor.

Nitti había dicho simplemente: «Volvamos a la ciudad». Y ya estaban en la ciudad.

Viendo que no había oído la pregunta del mecánico, uno de los guardaespaldas repitió:

—¿Que adónde vamos?

Nitti levantó la cabeza, le miró con extrañeza, y preguntó:

—¿Qué? ¡Ah, sí! Vamos a Los Cuatro Dados.

Tuvieron que esperar a que los enormes brazos de hierro del Jack-Knife volvieran a unirse, para poder continuar su camino. Un barco de gran tonelaje pesaba, deslizándose lentamente por el río.

—Pisa el acelerador —ordenó Nitti al conductor.

Y el coche arrancó veloz, pasando a los otros automóviles que esperaban también para cruzar el puente.

Pronto llegaron a Los Cuatro Dados. Era un soberbio establecimiento de bebidas que Nitti había adquirido recientemente. Decorado con colores claros, resultaba atractivo y acogedor, a lo que contribuía grandemente la multitud de espejos empotrados en las paredes, destacando, por el contrario, el mostrador, de álamo negro, con la barra niquelada.

Una puerta en arco, cerrada, por cortinas de terciopelo encarnado, conducía a la sala de juego, desierta a aquellas horas. En

un rincón del bar había un pequeño estrado para la orquesta y una diminuta pista donde bailaban, por la noche, aquéllos a quienes les apeteciera hacerlo.

Carlo Nitti atravesó de prisa el salón y desapareció por una puerta disimulada en la pared. Los guardaespaldas iban a seguirle, y él les detuvo con un gruñido:

—No, no vengáis conmigo. Quedaos ahí. Y procurad beber poco, que vais a tener trabajo dentro de unas horas.

Carlo Nitti ya había trazado su plan para hacer pagar caro a Bryan lo de aquella mañana. Únicamente tenía una duda: ¿a qué se debería tan repentino ataque?

Cierto que Bryan y él tenían unas cuentas pendientes. Sin embargo, Bryan no solía obrar tan descabelladamente. Algo tenía que haber ocurrido para decidirle a hacer lo que había hecho.

Esta duda se la aclaró Anselmi, un tipo que hacía de todo. Lo mismo asesinaba a uno a la vuelta de una esquina, como vendía sus noticias, siempre y cuando éstas tuviesen interés para alguien, por un puñado de dólares.

Y Anselmi fue el que acudió a Los Cuatro Dados a darle la noticia de que Pietro Scaliche, el propietario de los almacenes El Siglo, había ido a El Huracán a ver a Aiello.

Carlo Nitti le escuchó con las cejas fruncidas y el gesto huraño.

—¿Estás seguro? —preguntó.

—¡Claro que lo estoy! Estaba yo en El Huracán cuando le vi llegar preguntando por Aiello. Poco después entró Bryan. No es cobarde el hombre —comentó—. Sin embargo, creo que no conviene que siga yéndose de la lengua. Podría resultar peligroso a; final. ¿No te parece, Nitti?

Sí; le parecía y también le extrañaba que Pietro Scaliche hubiese ido con sus quejas a Bryan y a Aiello en lugar de hacerlo a los del F. B. I.

¿Significaría eso que volvían a los tiempos de antes? Que las gentes no confiaban en la Policía cuando necesitaban ayuda. Sonrió con suficiencia.

Sacó un puñado de billetes del bolsillo y se los enseñó a Anselmi.

—¿Quieres ganarte esto? —preguntó.

Anselmi abrió mucho los ojos, tragó saliva y cacareó:

—¿Qué cosas tienes, Nitti! ¿A quién hay que eliminar?

—Te creía más inteligente, Anselmi. ¿A quién quieres que sea?

—¿A quién, a quién...? —Anselmi miraba al techo—. ¡Ah! Ya caigo, a Pietro Scaliche.

Nitti asintió con la cabeza, y Anselmi preguntó:

—¿Cuándo he de hacerlo?

—¿Cuándo? Pronto, lo antes posible. Tú verás. Pero tienes que hacerlo sin ruido, de forma que no lllames la atención. Espera, déjame pensar.

Se concentró en sí mismo, pensando en el medio mejor de eliminar a Scaliche.

—¿Qué tal manejas el cuchillo? —quiso saber, de pronto.

Anselmi torció el morro, hizo un gesto de suficiencia, y dijo:

—¡Pchs!, regular. Mira...

En menos tiempo del que tardó en decirlo, Anselmi extrajo de su funda el puñal que llevaba en el cinto, y lo lanzó por encima de la cabeza de Nitti.

La hoja de acero vibró un instante, al clavarse en la figura de madera tallada que descansaba sobre un pedestal de mármol, en un rincón de la habitación.

—¡Buena puntería, Anselmi! —exclamó Nitti—. Si llega a ser un hombre, le partes el corazón.

—¡Bah!, se hace lo que se puede. —Anselmi se encogió de hombros, con falsa modestia, aunque halagado por el elogio de Nitti.

—Pero otra vez procura apuntar para otro lado, no sea que te falle la puntería. —Nitti había palidecido ligeramente.

—Nunca me falla la puntería con el cuchillo —aseguró Anselmi.

—Pues, ya sabes. Eso es lo mejor. El cuchillo nunca hace ruido ni llama la atención, como la pistola aunque se le ponga silenciador.

—Procuraré hacerlo lo antes posible —decidió Anselmi, cogiendo, de paso, el dinero que le ofrecía Nitti—. Es un trabajo tan fácil que podría llevarlo a cabo un niño.

—Sí. No te será difícil clavarle a Pietro Scaliche et cuchillo por la espalda, ya lo sé —aseguró Nitti, en un tono que Anselmi no supo si era de repugnancia o de burla—. Y ahora vete. Tenemos que hacer algo más importante que eso.

—¿Algo más importante? ¿De qué se trata?

Nitti le día la espalda y respondió:

—No te importa. En realidad, no me fío demasiado de ti. Pudiera ser que te diese por ir a alguien con el cuento. Anda, coge el cuchillo y vete. Lo de Scaliche va bien con tu temperamento.

Anselmi miró el fajo de billetes, sonrió, se lo metió en el bolsillo, arrancó el puñal de la estatuilla de madera. Lo enfundó, y salió andando.

—Siempre con ganas de broma, Nitti —comentó.

Nitti le dejó irse sin contestarle. En realidad, Anselmi le repugnaba. Era como un sucio reptil traicionero y cobarde. Sin embargo, nada más transponer el umbral, ya le había olvidado. Más que Anselmi, más que Pietro Scaliche, le preocupaba Alf Bryan, su eterno enemigo.

Se dejó caer en un sillón y consultó el reloj. Hizo un gesto de desagrado. Hubiese querido que fuese ya de noche, porque a la noche...

Sacó la pitillera y prendió un cigarrillo. Con él en la boca, murmuró, amenazador:

—Bryan, has hecho mal en volver por Chicago. Va a cortarte caro...

Cada cinco minutos, miraba el reloj, aunque no por eso corriese más el tiempo...

IV



A noche andaba tirándose sobre las calles de Chicago, desde lo alto de los edificios, como una legión de invisibles y negros guerreros incorpóreos que pretendiesen asaltar la ciudad, arrasando cuánto encontraban a su paso.

En El Huracán, encendieron las llamativas letras de la puerta y las lámparas del interior, con esplendor de fiesta.

Poco a poco, fueron llegando bellas mujeres, con largos vestidos hasta los pies, y generosos escotes que dejaban ver hombros, espaldas, más de lo que decentemente debieran lucir, junto a brillantes alhajas de dudosa procedencia unas, y de dudosa legitimidad otras.

Hombres de «*smoking*», empedernidos bebedores o miembros

del «gang» de Bryan, las acompañaban.

El Huracán, decían, era un sitio elegante de reunión.

Bien pronto, los camareros no dieron abasto a servir a todos. Corrían de un lado para otro, sudorosos.

Herbert, el «gángster» de aspecto de gorila, ocupaba el lugar del «Canguro» en la barra del mostrador, de vigía adelantado en la nave pirata y terrestre de El Huracán.

También había heredado a la pizpireta Elen. Allí la tenía, a su lado apoyada la cabeza en la rotundidad de su pecho de atleta, mientras la acariciaba el pelo con torpeza, y le buscaba los labios, goloso, aún a riesgo de mancharse los morros de carmín. Ella reía.

Herbert solía ponerse tierno y hasta un algo romántico en semejantes ocasiones.

—Oye, fíjate —llamaron su atención de repente, con un codazo—. ¡Vaya mujer!

A lo de «¡Vaya mujer!», apartó de su lado a Elen y miró para donde le indicaban.

—Cierto —gorjeó—. Cierto. Nunca he visto a esa chica por aquí.

Cerca de la puerta, una joven, elegantemente vestida aunque sin ostentación, parecía buscar a alguien. Herbert se colocó bien la corbata, abombó el pecho, y sin hacer caso de Elen, que trataba de retenerle a su lado, fue hacia la desconocida.

—¿A quién busca usted, preciosa? —preguntó, al llegar a su altura.

La muchacha dudó un momento antes de contestar, parecía haber llorado recientemente.

Herbert repitió la pregunta, por si no le había oído:

—¿Busca a alguien, preciosa?

—Sí, quisiera ver al señor Aiello.

El «gángster» la miró de arriba abajo. La chica aquélla no parecía ser de las mujeres que acostumbraban a visitar a Giovanni Aiello. Parecía una buena chica.

Elen se les acercó, cimbreado las caderas.

—¿Te ha dado un aire? —preguntó, irónica, al gorila, al verle contemplando a la desconocida, con la boca abierta—. ¿Qué quiere ésta?

—Pretendo hablar con Aiello —gruñó Herbert—. Y luego, dirigiéndose a la muchacha, añadió: —Espere, voy a avisarle.

Cruzó, ligero, el salón y se perdió por la puerta del fondo. La rubia Elen instó a la desconocida:

—Vamos, no se quede ahí, como una tonta. Venga conmigo, Aquí no nos comemos a nadie...

—Ya lo sé, pero...

Se la veía cohibida, extraña a aquel ambiente. Elen se la llevó para la «barra». Los hombres las seguían con la vista.

—¿Un cigarrillo? —Ofreció la rubia.

—No, gracias.

—Bueno, allá tú. Yo si fumo. Con algo tenemos que pasar el tiempo. Dame lumbré, Peter, pidió a un tipo larguirucho, que la miraba con ojos de enamorado.

Acudió solícito a servirla, con el encendedor, en la mano.

—Toma lumbré, Elen —tartamudeó—. Yo te daría lo que, tú quisieras, yo...

Bruscamente, se sintió apartado de la rubia, de un empujón que lo llevó a golpearse los riñones contra el mostrador. Fué Herbert, que regresaba en aquel instante.

—¡Quita de ahí, idiota! —graznó—. Para eso estoy yo.

—¡Chico, cuánto has corrido! —bromeó, la rubia, prendiendo el cigarrillo en la llama de la cerilla que sostenía el «gángster» entre los dedos.

Cuando terminó de prender el cigarrillo la rubia, Herbert se volvió a la desconocida, y le dijo:

—Venga conmigo. El señor Aiello está ahí dentro.

Y echó a andar delante de la muchacha, que fue detrás de él, sin mirar a aquellos que andaban por el salón, charlando, riendo y fumando.

Giovanni Aiello la recibió en el despacho de las puertas de acero, solo. Bryan descansaba en la habitación de al lado.

Aiello no era hombre que se fijase demasiado en la belleza de las mujeres. Sin embargo, aquélla le impresionó profundamente.

—Síntese, señorita... —le ofreció un amplio sillón, tapizado de verde.

—Scaliche, señorita Scaliche —se presentó la mucha, bajando los ojos ante la insistente mirada del «gángster».

Aiello se extrañó. ¿Señorita Scaliche? No acababa de comprender cómo la preciosa muchacha podría ser hija del enteco

propietario de los almacenes El Siglo. Mientras ella callaba, seguía mirándola. Al cabo del rato, dijo:

—Su padre vino a visitarme ayer. Ya le dije que haría lo posible para que no se repitiese lo sucedido...

—Mi padre ya no vendrá más a verle —contestó la muchacha con extraña entonación—. Hace unas horas que le han asesinado.

A Aiello, no pareció asombrarle mucho la noticia. Simplemente, contrajo las cejas y rogó, con voz ronca:

—Cuénteme cómo ha sido.

Tenía poco que contar. Un hombre había ido a visitar a su padre, un individuo alto y fuerte que dijo ser representante de comercio. Estuvo aproximadamente diez minutos en el despacho de Scaliche. Luego abandonó la casa con su enorme cartera debajo del brazo. Cuando entró la muchacha al despacho, encontró a su padre en el suelo y con un puñal clavado en el corazón.

—Junto a él, había este papel —concluyó, buscando en el bolso de mano, del que extrajo una hoja arrancada de un block de notas. Se la alargó a Aiello.

—«Por hablar demasiado» —leyó éste, en voz alta.

Con el papel en la mano, meditó largo rato. Sólo había un «gang» que siempre dejaba notas escritas como aquélla, después de hacer callar a alguien: el de Carlo Nitti.

Miró a la muchacha, que le miraba, a su vez, con ansiedad, esperando su contestación. No, no la diría quiénes habían asesinado a su padre, ¿para qué?

—¿Quién le ha dicho que viniese a verme? —preguntó, de repente.

—Nadie, papá me habló de usted. Pensaba que le ayudaría a... —dudó antes de pronunciar la palabra—... vengarse de los hombres que le habían arruinado.

—¿Mencionó algún nombre?

—No, sólo me habló de usted, y dijo que no pensaba acudir a la policía porque sería inútil.

Aiello respiró tranquilo. El viejo estuvo discreto al no contar todo a su hija. Le disgustaría que la sucediera algo desagradable. Nitti era capaz de cualquier cosa...

—El señor Scaliche era un buen amigo mío —mintió—. Me conocía de niño.

—Se equivoca, señor Aiello —le interrumpió la muchacha, con decisión—. Papá tenía otras amistades. Él nunca defendió lo que ustedes acostumbran a hacer. Papá no podía ser amigo de un «gángster».

Aiello volvió a fruncir las cejas. No le gustaba que le trataran de ese modo. Para él, la, digamos, profesión de «gángster» era como otra cualquiera, incluso más importante que muchas. Exponían la vida a cada paso y, a veces, tenían que matar para salvar el pellejo. Eso era todo.

—Entonces, ¿para qué ha venido a verme? —preguntó, herido en su amor propio.

—Porque es usted el único que puede decirme quién es el asesino de mi padre. Tiene que ser otro «gángster», otro...

Iba a decir «criminal», pero no se atrevió, al ver la mueca de ira de Aiello.

—Dímelo, no te preocupes —la instó, con sarcasmo, tuteándola—. No sería la primera mujer que me lo dijese. Vamos, palomita, llámame criminal, bandido, todo lo que se te ocurra. ¡Bonita manera de pedir ayuda! ¿Sabes que eres una chica valiente? —siguió tuteándola—. Y a mí, me gustan las mujeres valientes.

Perezosamente, se levantó del asiento y fue acercándose a ella poco a poco. Le atraía poderosamente.

Era una mujer, una mujer bellísima además, que se atrevía a desafiarle.

Ya no veía, en ella, a la jovencita llorosa y dolorida por la muerte del padre, sino a la mujer decidida y valiente que se había arriesgado a ir hasta él, únicamente para que le dijera el nombre del asesino de su padre.

—¿Y para qué quieres saberlo? —preguntó—. El señor Scaliche habló demasiado y a los «gangsters» —recalcó la palabra— no nos conviene que la gente hable demasiado. No, no me mires así, palomita, no he sido yo, ni ninguno de mis hombres, pero no creo conveniente decírtelo, podría ocurrirte algo parecido a lo que le ha sucedido a tu padre, y me remordería la conciencia toda la vida por haber sido el culpable indirecto de esa desgracia.

—No me importa ni me asusta lo que pueda ocurrirme —afirmó la muchacha—. Ya sabré defenderme.

—Déjate de bravatas —recomendó él—. ¿Cómo vas a defenderte

tú sola de los hombres de...? Vaya, si me descuido lo digo. Lo que necesitas es alguien que vele por ti, alguien que baje los humos a esos criminales.

Continuó andando en dirección a ella, sin quitarle ojo.

Empezaba a lamentar la muchacha el haber ido allí. Comenzaba a temer al hombre que avanzaba hacia ella, temblándole los labios por su repentina pasión.

Así y todo, dijo:

—No necesito ayuda de nadie, y menos de usted.

Ése no era el sistema de aplacar a Aiello. El desprecio le enardecía más. Siguió hablando:

—Sé quién ha matado a tu padre y me gustará quitarle de en medio. También tengo alguna cuenta que saldar con él, como tú; pero siempre cobro mis trabajos...

Alargó los brazos, intentando abrazarla, y ella se echó para atrás, retrocediendo instintivamente.

Buscó una puerta por donde escapar; pero todas estaban cerradas, pensó que si se acobardaba estaba perdida. Tenía que encontrar el medio de engañarle.

—Eres esquiva, palomita —rezongó Aiello, enfadado—. No te va a servir de nada rehuirme. Estamos solos y nada tengo que hacer. Te ofrezco mi ayuda «desinteresada» y me desprecias. No me gustan las mujeres desagradecidas.

Entre tanto, la muchacha ya había trazado su plan. Algo arriesgado, pero que podría salvarla momentáneamente. Se detuvo, y dijo, con risa forzada:

—No le desprecio, señor Aiello. Sólo que necesito una prueba de esa «amistad» que me ofrece. Tenemos los mismos triunfos en la mano, y hemos de jugarlos primero. ¿Quién me dice que no se volvería luego atrás?

Aiello, afirmó, jadeante:

—Cuando prometo algo, siempre lo cumplo.

—Eso no es jugar limpio. Dígame quién es el asesino de mi padre.

Aiello pensó que podría engañarla diciéndole cualquier nombre; pero, cosa extraña en él, le repugnaba mentirla. Jugaría limpio, como ella decía.

—Te voy a proponer una cosa —dijo, cesando de perseguirla—.

Siéntate, no temas.

Dudó antes de obedecer. Sin embargo, tenía que darle pruebas de confianza, si quería conseguir su propósito. Lentamente, regresó al sillón tapizado de verde, y se dejó caer en él.

Aiello, sin acercársele, prometió:

—Atraparé al asesino de tu padre y le traeré aquí. Volverás cuando te llame, y él escribirá, delante de ti, las mismas palabras que figuran en ese papel que me has enseñado, para que te cerciores de que es el criminal.

—¿Y luego?

—Luego tú dirás qué hemos de hacer con él. El lago Michigan es lo suficientemente profundo para guardar un secreto más de los que lleva guardados.

Un escalofrío le corrió por la espalda a la muchacha. Giovanni Aiello hablaba de asesinar a un hombre, con igual tranquilidad que hablaría de una partida de póker.

Tentada estuvo de renunciar a su ayuda. A pesar de ello, no le quedaba otro remedio que fingir que le escuchaba con agrado.

—¿Qué te parece mi proposición? —preguntó, ronco, acercándosele más.

Levantó los ojos del suelo y le miró a los suyos. Tenía brillos extraños en las pupilas. Su aliento le caía en la cara, abrasándola. Los labios volvían a temblarle. Le puso las manos sobre los hombros.

Disimulando la sensación de repugnancia que le producía, habló, con voz tranquila, sin dejar traslucir su miedo:

—Bien, muy bien —dijo—. Esperaré a que...

No pudo terminar. Aiello la había cogido entre sus brazos, y besándola, brutal, la asfixiaba, como si la hubiesen puesto una mordaza.

La respiración jadeante del hombre se unía a los gritos sofocados de la mujer.

De pronto, cerca de allí, se oyó el tableteo de una ametralladora.

Aiello soltó a la muchacha bruscamente, y dijo:

—¡Eh! ¿Qué es eso?

Al mismo tiempo, se abrió una puerta del fondo de la habitación y apareció Alf Bryan en el umbral, a medio vestir.

—¿Qué sucede, Aiello? —preguntó.

—No lo sé. Voy a ver.

Corrió a la puerta, sin acordarse de abrirla primero. Tuvo que volver sobre sus pasos, para apretar el botón que accionaba el mecanismo. La plancha de acero fue corriéndose lentamente hasta permitirle la salida.

La mujer ya no significaba nada para él. Continuaba el tableteo de la ametralladora, y el estampido de los disparos de las pistolas. Allá afuera, parecía haberse entablado una lucha a muerte, y su instinto salvaje, su alma propensa a la violencia le guiaba hacia el combate, hacia la pelea, hacia el goce bárbaro de matar y, tal vez, de morir.

—Espera, Aiello —dijo Bryan—. Yo voy también.

Como Aiello, se sentía atraído por lo que ocurría fuera.

De un par de zancadas, cruzó el despacho. En una habitación cercana, cogió una «Thompson», y seguido de Aiello, que empuñaba una pistola en cada mano, corrió por el pasillo que conducía al salón de El Huracán.

Conforme se acercaban allí, oían más próximo el tableteo de la ametralladora y los estampidos de las pistolas. También escuchaban gritos y lamentos, voces y aullidos.

—Corre, Aiello, corre —pedía Bryan.

Y Aiello, empuñando fuertemente las pistolas, le iba a los alcances.

Ninguno de los dos se acordaba de la muchacha que dejaban atrás.

Ella, sin abandonar el sillón tapizado de verde, estaba asustada por los ruidos aquellos y por lo que acababa de ocurrirle. Les siguió con la mirada hasta perderles de vista.

Después, se levantó despacio del sillón, sacó el pañuelo del bolso y se lo pasó por los labios. Le parecía sentir aún el aliento de Aiello en la cara...

V



BRIÓ la puerta de un puntapié y miró para afuera. Aiello, detrás de él, sin soltar las pistolas, miró también. Vieron lo que ocurría.

Donovan, Sanders y otros, replegados detrás del mostrador, disparaban sus pistolas contra los atacantes.

Un cliente parecía dormir amorrado sobre la «barra», mientras un hilo de sangre le manchaba de rojo la americana.

Un hombre gordo se retorció en el suelo, dando lastimeros aullidos, y otros cinco o seis hombres yacían, sin vida, en las más diversas posiciones.

La rubia Elen había recibido un balazo en el pecho, y apoyada en el mostrador, con los ojos muy abiertos, parecía extrañada de los ruidos, que no le permitían dormir el sueño eterno...

Herbert asomaba de cuando en cuando la cabezota por detrás de una estatua de mármol, y su pistola vomitaba plomo, que rara vez dejaba de encontrar algún cuerpo en el que incrustarse.

—¡Tomad, cerdos, tomad! —bramaba a cada disparo—. Yo os enseñaré lo que es bueno.

Alguien disparó contra el espejo del techo, y una lluvia de cristales cayó de lo alto, con estruendo.

—¿Estás viendo, Aiello? —preguntó Bryan. Y sin esperar su contestación, añadió—: Es la gente de Nitti.

—Sí, ya veo. Pero ¿adónde vas? ¿Estás loco?

Bryan dio un salto y salió del salón, con la «Thompson» debajo del brazo.

Herbert seguía gritando:

—¡Cerdos, cerdos! Yo os enseñaré lo que es bueno...

Pero no se arriesgaba demasiado. Como Pat, el narigón, que se asomaba con bastante precaución por detrás del mostrador. Como Donovan, el de los sorbetones, que disparaba a ciegas, agazapado en el refugio de una columna.

En cambio, a Sanders, un balazo dirigido certeramente le había agrandado el hoyo de la frente, y allí estaba, panza arriba, con la pistola en la mano, y sin vida.

Los atacantes habían aprovechado la sorpresa de los primeros momentos para barrer materialmente el salón con las metralletas, y, hasta entonces, sólo habían podido contestarles con las pistolas y los «Colts».

Pero ahora las fuerzas estaban igualadas. Alf Bryan avanzó unos pasos, con escalofriante temeridad, exponiéndose al fuego graneado de sus enemigos, y apretó el disparador de la «Thompson».

Herbert berreó desde su escondite:

—¡Cuidado, Bryan, te van a matar!

¿Cuidado, cuidado? ¿Por qué habría de tenerlo? En aquellos momentos no se acordaba de nada ni de nadie. Le embriagaba el olor de la pólvora, Además, parecía invulnerable.

Aiello salió también detrás de él, pero no se expuso excesivamente. Él no llegaba a embriagarse con el olor de la pólvora.

Donovan sorbía con muchas prisas, y observaba, admirado la imperturbable serenidad de Bryan. En aquel momento le recordaba

el susto que les hizo pasar cuando estuvo a punto de escapárseles camino de Chicago.

Una sonrisa cruel animaba el rostro de Bryan, mientras el dedo índice de su mano derecha apretaba el disparador de la «Thompson» sin descanso. El movimiento de retroceso del arma le obligaba a apoyar firmemente los pies en el suelo.

—¡Nitti, Nitti! —llamó a gritos—. ¿Dónde te has metido que no te veo? Anda, ven. Eres un cobarde.

Los hombres de Nitti caían delante de él, algunos para no levantarse más; otros, tan malheridos que no les quedaban fuerzas más que para arrastrarse por el suelo, aterrorizados y sangrantes.

Un hombre, a los gritos de Bryan y por no ser menos que él, se incorporó de donde se hallaba cobijado, con otra metralleta debajo del brazo.

Era alto y nervudo, con el pelo rojo y enmarañado y la cara pecosa y sucia. El lugarteniente de Carlo Nitti. Tenía fama de valiente y temerario, y odiaba a Bryan por una cuestión antigua en la que él llevó la peor parte.

—¡Puerco! —bramó, dirigiendo el cañón del arma a la cabeza de Bryan—. Te voy a enseñar a bailar la giga.

—La giga, ¿eh? —dijo Bryan.

Anduvo más listo en apretar el disparador de su «Thompson», y quien bailó la giga, como decían, fue el lugarteniente de Nitti. Una ráfaga de la metralleta le taladró el pecho. La «Thompson» se le cayó al suelo, y él detrás.

—Uno menos —gruñó Bryan. Y luego volvió a llamar—: Nitti, ¿no estás por ahí? Eres un cobarde, que embarcas a tus hombres y tú te quedas en tierra.

Apretó con rabia el disparador de la metralleta.

El resto de los atacantes quisieron huir, empavorecidos por la sangre fría y la suerte, casi milagrosa, del hombre que sembraba la muerte en su derredor sin recibir el más ligero rasguño.

Echaron a correr, y Bryan «cazó» a casi todos en la huida. Gritos de dolor y de rabia, blasfemias y maldiciones acompañaban al tableteo de la «Thompson».

Alf Bryan avanzaba por el salón de El Huracán, imperturbable, con la rigidez de un dios pagano y terrible.

Herbert se encargó del último de los asaltantes, con un certero

disparo que le alcanzó en la cabeza cuando transponía el umbral de la puerta.

Todavía se oyeron unos disparos en la calle y el ruido de un motor en marcha.

—Se acabó —dijo, Bryan.

Tiró el arma al suelo y giró la mirada en derredor. Todo había terminado. Los camareros salían de los rincones, atemorizados todavía. Las mujeres recomponían su tocado, mirándose en los espejos de bolsillo, y los hombres que se habían salvado de la matanza se acercaron a él, aduladores.

—Bryan, eres un valiente.

Les apartó de su lado sin contestarles. Avanzó hasta el mostrador y pidió:

—Ponedme «*whisky*». Tengo la garganta seca.

Un camarero se apresuró a atenderle, y él se bebió de un trago el contenido del vaso.

Luego se volvió, y llamó:

—Aiello, ¿dónde estás?

—Estoy aquí, Alf.

Sí, estaba allí, a su lado, admirando su tranquilidad.

—Que se vaya la gente, Y vosotros quitad eso de en medio, no venga la policía.

«Eso» eran los cadáveres esparcidos por el suelo, a los que el lago Michigan acogería en su fondo.

Después, Bryan pidió más de beber. Ciertamente tenía seca la garganta, y quizá también el corazón. Ya no le era posible volverse atrás. Estaba rodando, de nuevo, por la pendiente del crimen. ¿La mujer, los hijos?

—Trae acá —arrancó al camarero la botella de la mano, y bebió hasta cansarse, hasta mediar la botella.

Apartó a los que le rodeaban, a empujones, y salió andando para sus habitaciones.

Los ojos le brillaban y andaba un tanto vacilante. Oyó que comentaban, a su espalda:

—Está borracho.

¿Borracho? ¡Qué sabían ellos! Aunque llevaban razón. Estaba borracho, ebrio de sangre, encenagado en el crimen y en el deshonor. No había sabido sustraerse a la llamada del «gang», y allí

estaba, amasando sangre, más dolor...

Nadie le vio llevarse las manos a la cabeza y apretársela, desesperado. Tampoco nadie le oyó quejarse...

Las puertas de El Huracán se cerraron detrás del último de los hombres que llevaba, sobre sus espaldas, la última de las víctimas, para cargarlas en los coches que las conducirían al lago Michigan.

Giovanni Aiello se quedó solo en el salón. De pronto recordó a la muchacha, a la hija de Pietro Scaliche. Se recompuso el lazo de la corbata y regresó, presuroso, al despacho. Pero allí no estaba ella. Furioso, recordó haber dejado la puerta abierta, en su precipitación por salir a ver qué ocurría por el salón.

«Tal vez esté por aquí», se dijo en voz baja.

Buscó por toda la casa inútilmente. La hija de Pietro Scaliche había aprovechado el momento en que se encontraba distraído junto al mostrador, después de la lucha, para abandonar el local.

—«Bueno, ya la encontraré. Mejor dicho, vendrás tú sola, cuando cojamos al asesino de tu padre, a Nitti —habló entre dientes. Así mataré dos pájaros de un tiro».

Se dejó caer en el sillón tapizado de verde, y reclinó la cabeza en el respaldo.

Y en el silencio de la estancia le pareció oír como si alguien sollozase cerca de allí.

Sorprendido y curioso, abandonó el asiento y fue hasta la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores. La abrió despacio y miró para dentro.

Encima de la cama, de bruces en ella, con la cabeza entre las manos, Alf Bryan.

—¿Qué te pasa, Alf? —preguntó Aiello—. ¿Estás enfermo?

Bryan dio un salto en la cama y se encaró con él.

Gritó:

—¡Vete, Aiello, vete! ¡Maldito, tú eres el culpable! Aunque no, el culpable soy yo. Debí dejar que me mataseis antes de permitir que me trajerais aquí otra vez. Somos unos miserables.

Aiello retrocedió, asustado; cerró la puerta, prendió un cigarrillo, y murmuró:

«No lo entiendo».

Acabó encogiéndose de hombros. Después de todo, le importaba poco lo que le ocurriese a Bryan. Siempre había sido un tipo raro...

Habían transcurrido dos semanas desde el día en que los hombres de Nitti llevaron a cabo la expedición de castigo a El Huracán. Desde entonces, Chicago vivió unos días de tranquilidad.

Sin embargo, ni Bryan ni Aiello vivían tranquilos.

Habían averiguado que aquella noche entraría en Chicago una importante expedición de artículos de contrabando para Nitti, y que él mismo iría al frente de ella.

Sería una magnífica ocasión para hacerle pagar caro lo de El Huracán. Aiello, por, su parte, pensaba que tendrían que coger vivo a Nitti para obligarle a declarar, delante de la señorita Scaliche, que él fue quien asesinó a su padre.

Se lo había prometido, y cumpliría su promesa, aunque no iba a ser fácil «cazar» al bruto de Nitti sin antes alojarle una bala en la cabeza.

Tampoco sería fácil apoderarse del contrabando sin una ayuda eficaz. Claro que esa ayuda eficaz no faltaría. Afortunadamente, habían conseguido hacerse con buenas amistades en la ciudad.

Por ejemplo, el agente especial Ballard, Colín Ballard, le ayudaría a llevar a cabo sus propósitos, ya que, sin su auxilio, les resultaría imposible conseguir lo que se proponían.

Colín Ballard era ambicioso y ya les había hecho algunos pequeños favores, a cambio de dinero. ¿Fidelidad, Bravura e Integridad, el lema del Federal Bureau of Investigation? Tenía gracia. Los agentes especiales eran exactamente igual a aquellos otros policías de antaño, que se vendían por unas monedas. Si no, que se lo dijese a ellos.

—Voy a llamar al tipo ese del

F. B. I.,

a Ballard —decidió Bryan.

—Claro, llámale. Ya verás qué bien nos viene para eso de Nitti.

Descolgó el teléfono y pidió comunicación con el despacho del agente especial.

—Oiga, Ballard, soy Alf Bryan —dijo, cuando el agente especial atendió a la llamada—. Quisiéramos hablar con usted. Sí, ahora, en seguida... No, aquí, en El Huracán, no. ¿Le parece bien en El Mosquito Verde?... ¿Sí? Ahora mismo vamos para allá.

Volvió a colgar, el teléfono, y dijo a Aiello:

—Vámonos. Ya has oído: nos espera en El Mosquito Verde.

Aiello cogió el sombrero y salió andando detrás de él.

A pesar de haberse abolido la ley seca, El Mosquito Verde era uno de los pocos bares de Chicago en que todavía seguía imperando aquélla. Su dueño, cosa extraña, había sido uno de sus más furibundos defensores, y seguía aferrado a la idea de que el alcohol es nocivo para la salud del hombre.

En El Mosquito Verde únicamente podía beberse refrescos y de aquella cerveza autorizada en tiempos de la ley seca, que sólo contenía el medio por ciento de alcohol.

Alf Bryan y Giovanni Aiello estaban seguros de que allí no les reconocería nadie, pues tanto el dueño como los clientes del bar eran personas apartadas de los lugares a dónde ellos concurrían habitualmente.

El agente especial del

F. B. I.

Colin Ballard les esperaba ya, sentado a una mesa, con un enorme vaso de cerveza delante, que bebía a cortos sorbos, con gesto de aburrimiento.

Verdaderamente, aquel establecimiento parecía milagroso que pudiera subsistir. Los camareros nada tenían que hacer y, dominados por la modorra, dormitaban detrás del mostrador o sentados en las sillas, ya que el único cliente era el agente especial.

Bryan y Aiello entraron con paso decidido, seguidos por uno de los guardaespaldas, y otro se quedó en la puerta, apoyado en la pared, fumando indolentemente.

—¡Buenos días, Ballard! —saludó Bryan—. Es usted puntual. Da gusto tratar con personas así.

El agente especial levantó la cabeza, apartando el jarro de cerveza, que se llevaba a los labios en aquel momento, torció la boca —un gesto característico en él— y miró al recién llegado entornando los ojos, como si le molestase la escasa luz del local.

—¡Hola! —Gruñó—. Sentaos y tomad lo que queráis.

¿Que tomaran lo que quisieran? ¿Qué podrían tomar en aquel bar de mala muerte? De buena gana se hubiesen bebido un vaso grande de «*whisky*», pero al tipo aquel de cara de ratón, al dueño, le daría un síncope con sólo mencionar en su establecimiento semejante bebida.

Un camarero acudió para atender a los nuevos clientes.

—Ustedes dirán, caballeros —dijo, muy fino.

—«*Whisky*» —bramó el guardaespaldas—. ¿Qué quieres que tomemos si no?

El camarero volvió la cabeza hacia el mostrador, asustado. Afortunadamente, el dueño de El Mosquito Verde dormitaba detrás de la caja registradora y no oyó la fatídica palabra.

—«*Whisky*» no tenemos, señor —habló muy quedo el camarero—. Pero puedo servirles un refresco de zarza, de fresa; una limonada, un...

—¡Vete al diablo! —chilló el «gángster», enfurecido—, tengo seco el gizonte, y quieres que me lo remoje con agua... Tráeme «*whisky*», o si no...

Le amenazaba con el puño cerrado.

—Déjale —intervino Bryan—. Éste es un honrado establecimiento en el que no encontrarás más alcohol que el que pudieras sacar de las patas de las sillas.

Por pedir algo, pidieron cerveza de aquella del medio por ciento de alcohol. El tal Henry la probó y escupió al suelo. Berreó:

—¡Esto es agua! A estos tíos habría que meterles en la cárcel.

—Calla la boca, Henry —ordenó Aiello—. Bebe si quieres o títalo, da lo mismo.

Al agente especial no parecía desagradarle la bebida. Atacó, decidido, al nuevo jarro de cerveza.

—No está mal —gruñó—. Bébelo, Henry, con los ojos cerrados y haciéndote la ilusión de que es «*whisky*». Ya sabes que en esta vida todo es ilusión. Pero vamos al grano. Tú dirás. Bryan, lo que quieres de mí —terminó, pasándose el dorso de la mano por la boca.

—Es una cosa un poco delicada —carraspeó Aiello—. Aunque si sale bien tendrá usted veinte de los «grandes».

Los ojos del agente especial relampaguearon de alegría.

—¡Veinte de los grandes! —exclamó—. No es poco; pero cuando vosotros ofrecéis semejante cantidad, la cosa tiene que ser importante.

—Según se miré —respondió Bryan, displicente—. No es más que una pequeña jugarreta que quiero gastar a mi amigo Nitti. Usted le conoce, ¿no?

—Claro que le conozco. Carlo Nitti. Como tú, hacía tiempo que había desaparecido de Chicago.

—Es un buen chico —continuó Bryan, irónico—. Pero está metiéndose demasiado conmigo, y conviene enseñarle, de cuando en cuando, los dientes.

—Claro, claro —admitió el agente especial, retrepándose en el asiento, para estar más cómodo. Añadió—: Sin embargo, hay que andarse con pies de plomo. Ahora no están las cosas como antes,...

—Desde luego —asintió, sin dejar de sonreír—. Pero veinte «grandes» tampoco son de despreciar —objetó, tocándose significativamente el pecho, allí donde tenía la cartera.

—Diez por adelantado, y los otros diez cuando terminemos la faena —acució Aiello, para acabar de decidirle.

—Bueno, como queráis; pero explicadme en qué consiste el asunto.

Bryan sacó la cartera y extrajo de ella diez billetes, que entregó al desaprensivo agente especial. Éste los dobló cuidadosamente, por la mitad, y se los guardó en el bolsillo. Los ojos se le iban detrás de la voluminosa cartera del «gángster».

—Camarero —llamó con voz ronca—: más cerveza, de prisa; tengo la garganta seca.

También él tenía la garganta seca.

Bryan sonreía, satisfecho. Ya se había ganado al agente especial. El dinero abre todas las puertas y derriba los obstáculos más infranqueables. Con la ayuda del agente especial desharía el «gang» de Nitti, cubriéndose las espaldas al mismo tiempo. Ballard se las arreglaría para que nadie se enterase de la verdad de lo ocurrido, por la cuenta que le tenía.

El camarero puso sobre la mesa cuatro nuevas jarras de cerveza, y Ballard bebió con ansiedad. El que no bebió fue Henry, el guardaespaldas. Miró con asco a la cerveza y escupió al suelo.

Luego, Bryan explicó al agente especial el papel que habría de representar en lo que se proponía. Ballard asentía con la cabeza.

—Y ahora puntualicemos —exigió cuando Bryan concluyó de explicarle lo que se proponía hacer—. ¿Cuándo va a ser la cosa y dónde?

—Esta noche, en la carretera de...

—Allí estaré, puntualmente.

Bryan se puso en pie, y dijo:

—Como estamos de acuerdo, nos vamos. Ya sabe, los otros diez

«grandes» cuando terminemos la «faena».

—Entendido.

Bryan y sus acompañantes salieron de El Mosquito Verde contentos del resultado de la entrevista.

—Es un sinvergüenza —iba comentando Aiello, respecto al agente especial.

—Y ¿quién decía que los tiempos habían cambiado? —preguntó Bryan.

Ballard, el agente especial, continuó sentado donde le dejaron, mirándoles hasta que les perdió de vista.

Después se levantó de pronto, tiró unas monedas encima de la mesa, recogió el sombrero y abandonó el local precipitadamente.

VI



OBRE el negro-gris del asfalto de la carretera, la luna, casi llena, venía a recostarse, cansina.

De cuando en cuando, un coche pasaba veloz, y también de cuando en cuando una liebre cruzaba la calzada, a grandes saltos, como huyendo de su propia sombra.

A lo lejos, los mugidos de una vaca y los relinchos de un asno formaban un desagradable coro de absurda mezcolanza.

El silencio era largo y prolongado. La primavera, con presagios de verano, precoz y caluroso, descansaba, voluptuosa, sobre el lecho movedizo de las horas.

También había hombres por allí. Agazapados detrás de los

árboles, tendidos en el bordillo de la carretera, silenciosos.

Alguien hizo saltar la chispa, y prendió el encendedor automático. La llama parpadeó unos instantes, con agitaciones de viento suave.

—Vamos, muchachos —se oyó gritar.

Y un par de policías uniformados saltaron al centro de la carretera.

Próximo, muy próximo, se oía un ruido de motores. Luces de faros rielaron en la carretera.

El del encendedor, un hombre joven corpulento, y de paisano, plantado en medio de ella, con las piernas abiertas y los brazos por encima de la cabeza, gritó:

—¡Alto, alto!

Por un momento pareció que el automóvil, un camión enorme, no iba a parar, y el hombre dio un salto, quitándose de en medio de la carretera, para evitar ser atropellado.

Sin embargo, se oyó el chirriar de los frenos, y las ruedas patinaron unas yardas, sin rodar ya, impulsadas por la velocidad de la marcha.

Detrás del primer vehículo fueron parándose otros, hasta ocho, todos potentes camiones, cargados hasta arriba.

Un hombre sacó la cabeza por la cabina del primero de los vehículos, y gruñó:

—¿Qué pasa?

—¡Hola, Nitti! —habló el de la carretera—. ¿Conque eres tú...? ¡Qué sorpresa!

—¡Caramba, el agente especial Ballard! —exclamó el otro—. ¡Si es nuestro buen amigo Colín Ballard! La sorpresa es para mí. ¡Quién pensaba encontrarle por aquí, a estas horas!

El agente especial sonrió, acariciándose el bigote con la mano izquierda, La derecha la tenía ocupada con una magnífica «Luger».

—No esperabas verme, ¿verdad? Nosotros, los del F. B. I.,

solemos estar en todas partes. ¿Qué lleváis ahí? —preguntó, haciéndose de nuevas.

—Casi nada. No tiene importancia. Chucherías.

—¿No será contrabando, por casualidad?

—¿Contrabando? —Nitti pareció asombrarse de semejante

pregunta—. Vamos, señor Ballard, ¿es que tengo cara de contrabandista? —Se chanceó, sacando aún más la cabeza por la ventanilla.

—Es que si se tratase de contrabando —fue el agente especial al grano—, ni mis muchachos ni yo tendríamos inconveniente en hacer algo así como si no nos hubiésemos visto.

Era un modo bastante significativo de darles a entender que podrían entablar conversación para llegar a un acuerdo y permitirles pasar libremente.

Sin embargo, los ocupantes del vehículo no parecían muy dispuestos a ello, considerando que mejor sería deshacerse a tiros del agente especial y de los policías.

Pero Ballard estaba demasiado atento para que le sorprendieran. Gritó, al ver que el conductor se llevaba la mano derecha a la axila izquierda:

—¡Quieto, o te agujereo la cabezota!

El conductor retiró la mano rápidamente del sobaco al darse cuenta de que el cañón de la pistola del agente especial le apuntaba a la cabeza.

—Vamos, Nitti, tienes muy mal educados a tus muchachos —regañó, con voz bonachona y tranquila. ¡Qué poco respetan a la autoridad! Estoy seguro de que no habrías sentido el más ligero remordimiento de conciencia si ese animal me hubiese mandado al otro barrio. Claro que vosotros tampoco habríais llegado muy lejos. Detrás de cada árbol tengo un policía dispuesto a disparar a la menor alarma.

Nitti no se había fijado en aquello. Desde allí no podía distinguir con claridad a los hombres que se escondían detrás de los árboles. Podrían ser policías u otra cosa; pero de lo que sí estaba seguro era que les apuntaban con sus armas. Los cañones relucían a la luz de la luna.

—¡Hombre prevenido vale por dos, agente! —Gruñó—. Sin embargo, supongo que no querrá usted que nos quedemos aquí toda la noche.

—Naturalmente que no pretendo tal cosa. Sólo quiero...

—¿Cuánto? —preguntó Nitti, adivinando adónde quería ir a parar.

—¿Cuánto qué? ¡Ah, sí, te entiendo! Déjeme pensar:

Ballard, miró para adelante, y contó:

—Uno, dos tres... Ocho camiones, y entre todos podréis llevar... Reflexionó largo rato, cogiéndose la barbilla con la mano.

—Dese prisa —le acució el «gángster».

—¿Qué te parecen, diez de los «grandes»?

—¿Diez de los «grandes»? ¡Está usted loco! —graznó Nitti.

—Ten en cuenta que somos muchos a repartir y que estos trabajos se están poniendo cada vez más difíciles. Diez de los «grandes» o no os dejamos seguir Nitti.

Nitti acabó encogiéndose de hombros. De resistir a la imposición del agente especial, ellos llevarían la peor parte. Además, la «mercancía» que llevaban en los camiones valía una fortuna.

—Bueno, tenga —gruñó, sacando la cartera del bolsillo—. Ahí van los diez «grandes».

Ballard tomó el dinero, con gesto codicioso.

—¡Adiós, Nitti! ¡Buen viaje! —deseó, levantando la mano sobre su cabeza, en señal de despedida.

Y el conductor del camión tiró, del freno, que rechinó, faltar de grasa.

Mas, cosa extraña, el agente especial no se quedó allí, en espera de que terminase de arrancar el coche. De pronto, dio un salto prodigioso hacia atrás y rodó por la cuneta.

Los policías uniformados se habían quitado antes de en medio, prudentemente.

Una lluvia de balas surgió de ambos lados de la carretera. A los disparos aislados de las pistolas se unía el tableteo de las «Thompson».

—¡Cerdo de agente especial! —bramó Nitti, arrinconándose en la cabina y disparando contra las sombras a través de la ventanilla.

Un grito agudo, de muerte, oyó a su lado. El conductor acababa de recibir un tiro en la frente. Las cosas se complicaban. Aunque quisiera no podría poner el camión en marcha. Le estorbaba el cadáver del conductor.

Otro de los camiones pasó, veloz, por su lado, en franca huida. Después, otro y otro, hasta cuatro. Iban regando el camino de balas.

Más adelante, llegó otro hasta su altura. Hizo un brusco viraje y se cruzó en la carretera, volcado. El conductor acababa de recibir un disparo en el corazón.

Nitti comprendió que tendría que luchar hasta morir. Los hombres que se parapetaban antes detrás de los árboles, avanzaban ahora arrastrándose por el suelo, para ofrecer menos blanco.

Apuntó cuidadosamente a uno de ellos con la pistola y apretó el gatillo. El que se arrastraba por el suelo saltó como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

Pero aquello no le serviría de nada a Nitti. Mientras disparaba la pistola, consiguió abrir la portezuela de la izquierda. Luego empujó al conductor para afuera, sujetándole fuertemente, y descendió él detrás, escudándose en el cadáver.

Un hombre vio la maniobra y trató de rodear el camión para dispararle impunemente por la espalda. Nitti le vio a tiempo, y descargó una andanada, dejándole tendido en el suelo y sin vida.

—Es Aiello —murmuró Nitti, rechinando los dientes—. El agente especial estaba de acuerdo con Bryan. Si salgo de ésta, me las pagarán los dos.

Mientras tanto, la lucha continuaba feroz y encarnizada. Al tableteo de las «Thompson» se unían los gritos de dolor de los heridos. Las bajas eran numerosas por ambas partes.

Los hombres de Bryan trataban de acercarse a los camiones en los que todavía se defendían los del «gang» de Nitti.

El agente especial y los policías, parapetados detrás de los árboles, estaban al margen de la lucha.

Ya sólo quedaban con vida seis u ocho hombres. Y los disparos se oían con más intermitencias, más espaciados.

Entonces fue cuando un numeroso grupo de policías surgió de entre los sembrados a una señal del agente especial, y rodearon a los «gangsters» que combatían encarnizadamente en medio de la carretera, parapetados en los camiones.

Ninguno de ellos se dio cuenta de la maniobra.

Nitti y Bryan se habían visto, lejos de los demás, y avanzaban uno en dirección al otro, apuntándose con las pistolas humeantes. Daban la sensación de dos duelistas en espera de que los jueces diesen la orden de disparar.

—¡Nitti, ha llegado el momento! —gritó Bryan.

Y el otro repitió:

—¡Sí, ha llegado el momento!

Adelantaron un par de pasos más. Cada uno sabía cómo

manejaba el otro la pistola. Dispararían cuando fuese imposible fallar el tiro. Nitti pensaba en matar. Bryan, sólo en inutilizarle.

Quería cogerle vivo, pretendía hacerle llegar poco a poco al final.

Nitti trató de apretar el disparador, cuando sonó un disparo y el dolor agudo, en la mano, le hizo soltar la pistola.

Bryan seguía avanzando, avanzando, lentamente, gozando de su terror. El cañón de la pistola le apuntaba a la cabeza. ¿Por qué no disparaba de nuevo? ¿Por qué le hacía sentir tan terrible agonía?

—Al fin te tengo, querido Nitti —se burló Bryan—. No sabes cuánto me agrada atraparte vivo. Vamos, levántate y anda delante de mí.

Nitti, que se había caído al suelo al recibir el disparo en la mano y encontrarse desarmado, fue incorporándose poco a poco, temeroso de la pistola que le apuntaba a la frente.

—No temas, muchacho, que no pienso matarte..., por ahora —bromeó Bryan, acercándosele más.

Se confió demasiado. No podía figurarse que Nitti, arrodillado delante de él, y con una mano destrozada, pudiera intentar salvar su vida aún.

De repente, algo brilló en la mano izquierda de Nitti, y se dejó caer hacia adelante con todo su peso, buscando el cuerpo de Bryan.

El puñal le pasó rozando el costado, al tiempo que una bala salía de su pistola. Nitti quedó tendido en el suelo, de bruces, y un reguero de sangre, manándole de la frente, manchó el asfalto de la carretera...

Bryan le observó, en silencio. No había podido dominar el impulso instintivo de apretar el disparador, al atacarle Nitti con el puñal.

—¡Cerdo! —Gruñó, empujando el cadáver con el pie—. ¿Creías que ibas a poder conmigo?

—Nitti no ha podido contigo, pero yo, sí, querido Bryan.

Se volvió, rápido. El agente especial estaba a su lado, encañonándole con la «Luger», mientras se atusaba el bigote con la otra mano.

Bryan reaccionó, rápido:

—¡Traidor! —gritó, tratando de disparar su pistola contra Ballard.

Pero unos dedos duros, como de hierro, se aferraron antes a su trazo y se lo retorcieron, obligándole a soltar el arma. Un fornido policía uniformado le sujetaba por la espalda.

—Vamos, Bryan, no seas así —se burló el agente especial—. ¿Qué te he hecho yo para que quieras matarme? No hago más que cumplir con mi deber. Estos tiempos no son los de antes, aunque creyeses lo contrario. En el

F. B. I.,

no cabe la traición.

—¿Y el dinero que le he dado por su ayuda? —preguntó Bryan.

—Ya no lo tengo yo. Servirá como otra prueba más de convicción para que te envíen a la silla eléctrica. Lo siento, muchacho. Llévanselo al cuartelillo; luego iré yo por allí —ordenó a los policías, poniéndose repentinamente serio y cambiando de conversación—. Después de todo, nos habéis hecho un magnífico servicio. La Ley es demasiado lenta juzgando a los asesinos como tú, y hubiésemos tardado años para conseguir lo que vosotros habéis hecho en pocos minutos. Tú «gang» y él de Nitti ya no existen. Los borraremos de la lista.

Los camiones emprendieron la marcha, uno, detrás de otro, conducidos por los policías. En medio de la carretera, Junto a la cuneta y entre la hierba, quedaban los cadáveres de la mayoría de los «gangs» de Bryan y de Nitti, hasta que los trasladasen a la Morgue. Algunos policías daban escolta a la macabra concurrencia.

Volvió el silencio, largo, monótono, pesado, y Colín Ballard, el agente especial del

F. B. I.,

echó a andar en busca de su automóvil, que le esperaba yardas más allá...

A Bryan se lo hablan llevado en un camión.

VII



A mercancía que habían logrado salvar, la descargaban de los camiones que pudieron huir al sonar los primeros disparos, en el almacén aquel de la callejuela del suburbio de Stickney.

En otras circunstancias, semejante operación les hubiera alegrado poder realizarla. Significaba el haber llegado con felicidad al término del peligroso viaje que suponía el introducir en Chicago el contrabando.

Pero esta vez les había costado demasiado conseguirlo, y lo peor fue que no pudieron darse cuenta de quiénes eran los enemigos que les atacaron.

—¿Y Nitti? ¿Qué habría sido de él? Dolí, el viejo Dolí, no hacía

más que preguntarlo. Él fue el único que no tomó parte en la expedición. Graznó:

—Sois unos gallinas, que dejáis a vuestros compañeros batiéndose en la carretera, mientras vosotros corréis como señoritas, asustados por los tiros. Merecéis llevar faldas en lugar de pantalones.

—Oye, tú, calla de una vez —graznó un mocetón rubio, dejando en el suelo la caja que llevaba a la espalda—. Habría que haberte visto a ti allí. Dame gente que la vea venir, cara a cara; pero no tipos de esos que se esconden para achicharrarte a balazos.

Otro, con la barba tan cerrada y espesa que casi le llegaba a los ojos, saltó, amenazador:

—¿Conque somos unos cobardes, Dolí? Supongo que serás tú solo quien lo dice. No me gusta discutir; pero quisiera que me dijese si el procurar salvar lo más posible del cargamento, la vida de algunos hombres, es un acto de cobardía, cuando no había otra posibilidad de salir de allí. ¡Vamos, contesta! —instó, colérico.

Dolí tragó saliva, y luego escupió al suelo. Conocía bien al de la barba cerrada. Debería andarse con cuidado y estar listo para sacar la pistola antes que él, si llegaba el caso de tener que hacer uso de las armas.

Estaba furioso por lo ocurrido. Si hubiese estado él allí, habría luchado hasta el último momento, sobre todo quedándose, como se quedó, Nitti.

—Otras veces hemos luchado en peores condiciones y nunca hemos abandonado a los compañeros —adujo.

—No es eso lo que te pregunto —bramó el de la barba cerrada—. Quiero saber si sigues pensando si somos o no unos cobardes.

Los otros cuatro hombres supervivientes del «gang» de Nitti se habían quitado de en medio, procurando encontrarse lejos de la trayectoria de los disparos, que estaban seguros se producirían de un, momento a otro.

Dolí y el de la barba cerrada, solos en medio de la enorme nave, alumbrada apenas por un par de bombillas eléctricas que colgaban del techo, se miraban, desafiantes.

Dolí dudó antes de contestar. Se mojó los labios reseco con la lengua.

—¿Somos unos cobardes o no? —insistió el barbudo.

No había escapatoria posible. Sólo se oía la fuerte respiración de Dolí y, de cuando en cuando, la bronca tos del «Tísico».

Repentinamente. Dolí afirmó:

—Sí, sois míos cobardes.

Dos fogonazos brillaron casi al mismo tiempo. El estruendo de los disparos retumbó en la nave.

Dolí quedó en pie un instante, con los brazos colgándole a lo largo del cuerpo, en posición de inverosímil equilibrio. Quiso decir algo y no pudo. La sangre empezó a salirle a borbotones por la boca. Luego cayó al suelo...

—Tú lo has querido —gruñó el barbudo.

Había triunfado la ley del «gang», la ley del más fuerte, del más rápido en el manejo de las armas. Dolí ya no volvería a llamar cobarde a nadie.

El barbudo, que sólo había recibido una ligera herida en un hombro, se volvió a sus compañeros, y dijo:

—Ya habéis, visto... Vamos a seguir descargando la mercancía.

Sí, ya habían visto. Más de uno pensó que Dolí tenía razón, que habían sido unos cobardes al dejar a Nitti y a los otros en la carretera. Pero no expresaron en alta voz su pensamiento. Temían al barbudo. Simplemente, cargaron con las cajas de nuevo y siguieron descargando los camiones.

En ésas estaban, cuando abrieron la puerta de golpe.

—¡Eh! ¿Quién anda por ahí? —graznó el barbudo.

Nadie contestó. Sin embargo, había alguien por fuera; alguien había tenido que abrir la puerta. El barbudo dejó lo que tenía entre manos y salió a ver quién había abierto la puerta. Salía empuñando la pistola.

Asomó la cabeza afuera, con muchas precauciones, y exclamó:

—¡Ah! ¿Eres tú?

El que había abierto la puerta estaba apoyado en la pared, extenuado, a punto de desfallecerse. Un gran círculo rojo se le extendía desde el hombro derecho hasta casi la cintura.

—¿Qué te pasa? ¿Estás herido? —preguntó el barbas, aunque lo estaba viendo palpablemente. Luego se volvió para adentro, y llamó —: Venid para acá. Dejad eso y ayudadme.

Los que andaban descargando los camiones dejaron las cajas en el suelo y acudieron, presurosos, a ver qué sucedía.

—¿Qué quieres?

—¿Qué diablos pasa?

El barbudo entraba ya en el almacén con el herido.

—¡Traed el botiquín! —pidió a gritos.

Cerraron la puerta. Tendieron al herido en el suelo, sobre unos sacos, y le descubrieron la herida. Abrió los ojos y les miró. De pronto, empezó a hablar, con frases cortadas, rápidamente, como si tuviese prisa por terminar.

Todos, en derredor suyo, le escuchaban, interesados.

—Es el final —dijo.

—¿El final? ¿Por qué? —quiso saber el barbudo.

—Nitti ha muerto. Han muerto todos los demás. Yo he visto cómo mataban a Nitti. Le tenía arrodillado a sus pies, y herido. Luego llegaron los policías y se llevaron al asesino...

—¿Al asesino? ¿Quién ha matado a Nitti? —Quiso averiguar el barbudo, cerrando los puños con rabia.

El otro no contestó directamente a la pregunta. Siguió su relato:

—Herido y todo, me subí a la trasera del camión. Quería saber adónde se lo llevaban.

—¿Y lo has averiguado? —saltó «el Tísico», entre toses y silbidos pectorales.

La voz del herido era cada vez más débil. De cuando en cuando se retorció en el suelo. Después parecía calmarse, y continuaba:

—¿Me oís? Sí, sí, me oís. Ya veo que estáis escuchándome. He ido detrás de los policías, les he seguido como una sombra. ¡Si hubieseis visto la cara de miedo que llevaba!

Y se rió a carcajadas después de decir aquello. Su risa era un largo estertor, profundo y ronco, que le dejó extenuado.

El barbudo le zarandeo, brutal. Tenía qué hablar, terminar de decirles aquello de Nitti y del que lo mató.

El herido volvió a abrir los ojos y a mirarlos.

—¡Habla, Donald, habla! —berreó el barbudo, sin dejar de zarandearle—. ¿Quién ha sido?

—Alf Bryan.

—¿Alf Bryan? ¡El muy cobarde!

—Está en el cuartelillo de Humboldt —confesó el moribundo.

La cabeza se le cayó para atrás. Le soltó el barbudo. Ya no le importaba si vivía o no. Lo esencial era que había hablado.

—Ya sabemos quién nos tendió la emboscada —graznó—. Pero nos la pagará, seguro que nos la pagará...

Los otros estaban asustados. Habían muerto todos, menos ellos. ¿Qué podrían hacer ahora, que ni siquiera Nitti vivía?

—Tenemos que pensar en... —dijo el rubio.

—¿En qué? —preguntó «el Tísico».

—En hacer pagar a Bryan lo que ha hecho con Nitti, lo que ha hecho con todos.

—¿Y cómo? ¿No lo tienen en el cuartelillo de la Policía? Al menos, eso nos ha dicho ése.

—Ya lo sé —gruñó el barbudo—. Sin embargo, tiene que haber un medio, alguna forma de lograrlo, pero no se me ocurre nada. ¿Se os ocurre algo a vosotros?

Negaron todos con la cabeza. La mayoría andaban rascándose el cogote, pensando en que el «gang» había quedado materialmente deshecho y que serían incapaces de hacer nada práctico sin Nitti.

—A mí no se me ocurre nada —confesó uno, larguirucho y tuerto.

—Y a mí tampoco —berreó otro, desorejado de la derecha.

—No, ¿eh? —chilló el barbudo—. Lo que ocurre es que estáis asustados, ¿a que al final llevaba razón Poli de que somos unos cobardes? Esperad, tengo una idea. ¿Cuántos somos?

—Cinco —dijo el rubio, después de contarlos.

—¿Cinco? —repitió el barbudo—. Creo que seremos bastantes. Sí, somos suficientes. Venid para acá. Os explicaré lo que se me ha ocurrido.

Formaron un corro en su derredor. El barbudo tenía a veces ideas geniales, o al menos eso creía él.

—A ver qué se te ha ocurrido... —farfulló «el Tísico», que no creía demasiado en su genialidad.

—Pues veréis. Tenemos que buscamos... —empezó el barbudo...

Le escuchaban con redoblado interés. Cuando acabó de exponer la idea genial que se le había ocurrido para deshacerse de Alf Bryan, a pesar de tenerle la Policía en su poder, «el Tísico» objetó:

—¿Y tú crees que podrá ser eso?

El barbudo le miró con mala cara, y afirmó:

—Si no somos unos cobardes, sí que podrá, ser.

Por toda contestación, «el Tísico», que se las daba de valiente,

dijo:

—¿Cuándo quieres que vayamos?

Y el barbudo contestó:

—Ahora mismo. No podemos perder tiempo.

Y los cinco hombres subieron al sedán negro de Nitti, que estaba arrinconado en el almacén, y arrancaron velozmente, dando tumbos por las calles, estrechas y mal empedradas, del arrabal.

Junto a un farol de gas, un policía de uniforme montaba la guardia. Una pareja de trasnochadores pasó por su lado, perdiéndose a lo lejos, en las sombras de la noche.

La luna, antes brillante y redonda, se había escondido detrás de las nubes. Seguramente llovería.

El sedán negro de Nitti en el que viajaban los cinco supervivientes de su «gang» enfiló por Colorado Avenue, hacia el norte de Chicago...

VIII



L agente especial Colin Ballard regresaba a la ciudad, satisfecho del resultado de su labor. Y su alegría se hallaba justificada. Sus hombres no habían sufrido ni una sola baja, habían desarticulado materialmente los dos últimos «gangs» de Chicago, y, además, habían conseguido detener al famoso Alf Bryan.

Allá iba, delante de él, en uno de los camiones, hacia el cuartelillo de Humboldt. Allí estaría seguro, hasta que él llegase a buscarlo, después de hablar con el jefe de la Seccional del Federal Bureau of Investigation.

¡Menudo revuelo iba a armarse al día siguiente, cuando la gente se enterara, por la prensa, de lo ocurrido!

A la orilla de la carretera destacó el agua sucia de una charca,

rebosante de ranas bullidoras.

El coche del agente especial volaba sobre el asfalto de la carretera.

A lo lejos, la ciudad era toda luces, como un campamento colosal en el que los moradores de Chicago celebrasen una fantástica fiesta, alumbrados por las llamaradas de, las hogueras.

Más tarde, el parque de Lincoln quedó a la izquierda, y la fuente de Drake, presidida por la estatua de Colón. El soberbio edificio del Criminal Court, con sus enormes columnas en el frontispicio, eternos centinelas de granito se destacó a lo lejos.

El inspector jefe de la Seccional del
F. B. I.,

aguardaba la llegada del agente especial Ballard. La «operación» aquélla se había realizado con, su permiso, de acuerdo con él, y estaba intranquilo hasta conocer su resultado.

Colín Ballard entró, radiante, en el despacho de su superior.

—Dígame, Ballard —preguntó el inspector, impaciente—. ¿Qué ha sucedido?

Colin se pasó el pañuelo por la frente, limpiándose el sudor. Arrastró una silla hasta la mesa del inspector, se dejó caer sobre ella, y dijo:

—Estoy cansado.

—¿Qué ha sucedido? —insistió el inspector jefe.

—Bien, todo bien. La cosa ha salido perfectamente.

El inspector jefe, dispuesto a escucharle, se recostó cómodamente en el respaldo del sillón, echándose para atrás. Había pasado unas horas de insufrible ansiedad, y aquella noticia le tranquilizaba.

—Cuénteme —ordenó.

Ballard no se hizo esperar, y fue describiéndole, punto por punto, cómo se desarrolló lo que ellos denominaban «operación contra los “gangsters”».

—Y ahora viene lo mejor —dijo, callándose un momento, para preguntar seguidamente—. ¿A que no sabe usted a quién hemos detenido?

—No lo sé.

—A Alf Bryan.

—¿A Alf Bryan? ¿Cómo es posible?

—Ya lo ve. No le dio tiempo siquiera a reaccionar. Ciertamente que estuve a punto de que me metiera unas cuantas balas en el cuerpo; pero anduvimos más listos que él...

—¿Y dónde le tienen?

—En el cuartelillo de Humboldt.

—¿Hay pruebas contra él?

—Naturalmente, inspector. Le detuvimos cuando acababa de matar a Nitti. Luego intentó disparar contra mí, al ir a detenerle. Varios policías y el sargento Morrison podrán testimoniarlo.

—Ballard —dijo el inspector—, ha hecho usted un magnífico servicio. Los «gángster» amenazaban con volverse a hacer los dueños de la ciudad. Nitti y Bryan eran dos elementos peligrosos, y hubiese costado trabajo y vidas deshacerse de ellos de otro modo. Estoy pensando en proponerle a Washington para una recompensa.

—¡Bah, bah, recompensas! —Gruñó el agente especial—. Déjese de eso, inspector. Lo importante es que hemos terminado con los «gangs» y que las gentes honradas podrán vivir tranquilas en adelante, Y ahora quisiera...

—¿Qué es lo que quisiera?

—Traer aquí a Bryan. Estaré más tranquilo. El cuartelillo es una jaula muy débil para guardar semejante pájaro.

Asintió el inspector:

—Haga lo que le parezca, aunque allí estará bien guardado.

—De todos modos, prefiero tenerle aquí. Voy en su busca.

—¿Para qué va ir usted? —objetó el inspector—, podremos encargar a cualquiera que vaya por él. Usted está cansado.

Ballard le miró, extrañado, dudando de que fuese él quien le sugería aquello que consideraba un solemnísimo disparate. ¿Cómo iba a confiar a nadie el traslado del famosísimo «gángster» hasta el Criminal Court, con el trabajo que le había costado detenerle?

A aquellas horas estarían ya en movimiento los hombres que quedasen de su «gang», si había quedado alguno con vida, y posiblemente tratarían de libertarle. No era la primera vez que un tipo como Bryan escapaba de las manos de la Policía.

Iría él personalmente, acompañado de una fuerte escolta, para evitar cualquier sorpresa que pudiese surgir por el camino.

—Decididamente, iré yo —dijo—. Prefiero terminar el trabajo sin ayuda de nadie.

—Bueno. Se lo decía por su bien —objetó el inspector, abandonando el asiento al tiempo que el agente especial—. Llévese los hombres que quiera y los que mejor le parezcan. Ya sé lo que piensa. Verdaderamente, hay que andar con cuidado, para no tropezar...

Colín Ballard se despidió del inspector, al transponer el umbral del despacho:

—¡Hasta mañana, inspector!

—No, hasta luego. Esperaré aquí a que vuelva. No dormiré tranquilo mientras no tenga la certeza de que Alf Bryan está a buen recaudo...

Colín Ballard no le oía ya. No tanto por el ruido que hacía al andar sobre el encerado piso de madera, como por la distancia que le separaba de su jefe, debido a la celeridad con que había abandonado el despacho.

Se hizo acompañar por el sargento Morrison y seis policías uniformados, todos ellos tiradores de primera. Las medidas de precaución no estaban de más.

En el coche de Ballard iban él y tres de los policías. En otro automóvil, el sargento y el restante personal.

El camino mejor para llegar antes a Humboldt era seguir por Milwaukee Avenida, y hacía, allí se dirigieron los dos automóviles, a gran velocidad.

Ballard metía prisas al conductor, hurgándose el bigote, con nerviosismo.

—¡Más de prisa, más de prisa! —gritaba.

—Imposible, señor —aducía el conductor—. Nos exponemos a rompernos la cabeza. Además, hay demasiada circulación.

Ballard no alcanzaba a comprender por qué estaría tan intranquilo. A pesar de lo que objetaba el conductor, insistía:

—Pise el acelerador.

—Vamos al máximo de velocidad.

Cierto: iban al máximo de velocidad que podía desarrollar el automóvil. Sin embargo, al agente especial le parecía como si el coche estuviese parado, a posar de que el paisaje cambiaba constantemente ante sus ojos, en rápida sucesión de imágenes.

La sirena del coche policial aullaba constantemente, sobre la marcha.

Los policías llevaban, cada uno sobre sus rodillas, sendas metralletas, así como los del otro coche, que les seguían a unas yardas de distancia, sin perderles de vista, y también a riesgo de romperse la cabeza por exceso de velocidad.

Próximo ya a Humboldt, un sedán negro, exactamente igual al de los agentes especiales, se les cruzó.

Ballard le vio pasar e hizo un gesto amistoso, a sus ocupantes, con la mano.

—Que os vaya bien —dijo, como si hubiesen podido oírle. Y luego, comentó en voz baja—: ¿De dónde vendrán éstos a estas horas? Bueno, a mí que me importa. Vendrán de cualquier servicio.

Sin embargo, continuó pensando en el coche qué acababa de cruzarse con ellos. Por allí no podían venir más que del cuartelillo de Humboldt, y en el cuartelillo de Humboldt tenían a Alf Bryan.

¿Por qué no iba a poder ir por allí otro coche de la Policía? Aunque, ¿estaba realmente seguro que era de la Policía? Iba a demasiada velocidad para verlo bien y tener la certeza de ello.

—¡Al diablo! —exclamó, de pronto.

Los policías se le quedaron mirando, y uno de ellos preguntó, extrañado de tan intempestiva salida:

—¿Ocurre algo, señor?

—No, no sucede nada. Tontunas que se le meten a uno en la cabeza.

El coche dejó Milwaukee Avenida y torció a la izquierda, por Armitage Street, en cuya esquina con el *boulevard* Humboldt se hallaba el cuartelillo de la Policía.

El farol, sobre la puerta de entrada, destacaba en la oscuridad.

Frenaron los coches, y el agente especial hizo, sin querer, un brusco movimiento hacia adelante y luego otro hacia atrás, impulsado por la violencia de la parada. Gruñó algo alusivo a las que conducían tan mal, y añadió, sin venir a cuento:

—¡Vaya, va a llover!

Un trueno retumbó en lo alto, como un cañonazo, y gruesas gotas de agua comenzaron a caer del cielo.

—No va a llover, que ya llueve —objetó uno de los policías, mirando para lo alto.

Ballard saltó a la acera y entró corriendo al cuartelillo.

El vestíbulo estaba solitario.

—¿Es que no hay nadie por aquí? —gritó.

No, no había nadie. Extrañado, volvió la cabeza y miró a los policías que le acompañaban y que habían entrado en el cuartelillo detrás de él.

Ninguno comprendía por qué no había nadie por allí. Ballard se llevó la mano al bigote y anduvo, tirándose de las guías.

Indudablemente, en el cuartelillo de Humboldt ocurría algo raro...

El sedán negro atravesó un paso a nivel, sobre la vía del ferrocarril de Chicago-Northwestern, al tiempo que un tren de mercancías cruzaba veloz por debajo, dejando atrás el vaho espeso del humo y el silbido prolongado de la locomotora.

Pocas yardas más allá, en otro paso a nivel elevado, un nuevo tren se cruzó en el camino del sedán, haciendo trepidar la armadura del puente.

Todavía tendrían que cruzar un tercer paso a nivel hasta llegar al final de su carrera.

West North Avenida quedó atrás, a poco, y, torciendo a la izquierda, por la avenida Armitage, llegaron al *boulevard* Humboldt, para terminar deteniéndose a la puerta del cuartelillo de Policía, sobre el que colgaba un farol eléctrico, destacándose en la oscuridad.

El policía que paseaba por la acera se detuvo al ver el sedán negro. Cinco hombres saltaron de él.

—¡Buenas noches! —saludaron los del sedán negro.

—¡Buenas noches! —contestó el policía.

De los cinco hombres, uno con barbas, grandón, llevaba la voz cantante; preguntó:

Y el sargento, ¿dónde está?

—¿El sargento? Ahí dentro lo encontrarán. Pasen.

Se hizo a un lado. No le cabía duda de que aquellos hombres eran policías. Con la oscuridad no distinguía bien la matrícula del coche, pero indudablemente era un sedán como el que ellos empleaban para el servicio.

El que llevaba la voz cantante empujó la puerta del cuartelillo y pasó adentro.

Por el vestíbulo andaba el sargento, que se levantó

apresuradamente de la silla, pero no tan de prisa como para que los visitantes no se dieran cuenta de que estaba durmiendo y que el ruido de la puerta le había despertado.

—Bien, sargento —gritó el barbudo, furioso—. Me parece muy bien cómo vigila usted. ¿Para qué cree usted que le han puesto esos galones? ¿Para dormir durante las horas de servicio?

El sargento, adormilado, restregándose los ojos con los puños y creyéndose en presencia de algún jefe que venía en visita de inspección, contestó, atolondrado, pretendiendo justificarse:

—Yo, yo...

—No me diga nada —bramó el barbudo—. Le hemos visto dormido, y sus ronquidos se oían desde fuera.

Mientras el barbudo preparaba el terreno para llevar a cabo lo que se proponía, sus acompañantes examinaban el local.

Dos policías uniformados les observaban desde un rincón de la habitación, y otros tres acudieron del interior del edificio al oír las voces del barbudo. Por una puerta situada a la izquierda del vestíbulo se veía un largo pasillo, iluminado débilmente por una bombilla eléctrica.

El sargento no terminaba de despabilarse. Sin embargo, creyó oportuno preguntar quiénes eran los visitantes, aunque, como el policía de puertas, estaba seguro de que habían sido enviados por la Jefatura, en visita de inspección.

—Quisiera que me dijese usted... —Se detuvo un momento, indeciso. No quería parecer brusco, después de que le habían sorprendido durmiendo—. Quisiera que me dijese —repitió— si vienen de la Jefatura. Ya sé que...

El barbudo metió la mano en el bolsillo de la americana y sacó de ella un distintivo de la Policía.

—Soy el inspector McClatchy. Si lo desea, puedo enseñarle también la credencial —contestó, burlón.

—No hace falta —se apresuró a responder el sargento.

—La jefatura me ha enviado para que compruebe si están todos sus hombres en sus puestos —habló el barbudo, con voz engolada. Guardan ustedes un detenido que nos interesa grandemente poder enviarlo a la silla eléctrica.

—Claro que estén todos, señor inspector —gorjeó el sargento—. Aquí nadie...

—¿Cuántos son ustedes? —le interrumpió el barbudo.

—Ocho, señor. Siete policías y yo.

—Ocho, eso es, ocho. ¿No es eso lo que nos han dicho en la jefatura, Billy? —interrogó el barbudo a uno de sus acompañantes, guiñándole el ojo.

—Exactamente, inspector —respondió el tal Billy, muy serio—. Pero aquí no hay más que cinco.

El barbudo giró la vista en derredor, fingiendo que no se había fijado antes en aquel detalle, y contó a los policías, que atendían a la escena sin decir palabra.

—Llevas razón, Billy. Sólo hay cinco y el sargento.

Claro que hay otro en la puerta. ¿Dónde está el séptimo?

El sargento, un tanto nerviosillo, no recordaba, en aquel momento, dónde podría estar el séptimo de los policías. Se puso colorado, y fue mirando a los policías y nombrándolos uno por uno:

—John, Walter, Elmer —iba diciendo—. ¡Ah!, ya está. Falta Hunter. ¿Dónde ha ido Hunter? —gritó. Mas, sin esperar a que le contestasen, exclamó—: ¡Qué memoria la mía! Hunter vigila en la puerta del calabozo.

—Bueno, luego lo veremos. No conviene que se aleje de allí —admitió, condescendiente, el barbudo—. Billy, llama al policía de puertas y dile que entre. Tengo que hablarles y no quiero repetir las instrucciones de la jefatura.

—En seguida, inspector. —Billy guiñó un ojo.

Salió a la calle y volvió, en seguida, acompañado del policía que andaba por fuera.

Los seis policías y el sargento se colocaron frente al falso inspector y sus acompañantes, esperando las instrucciones, que decían tener que darles.

—Usted dirá, inspector —dijo el sargento.

—Primeramente...

Cuando creían que el supuesto inspector iba a sacar del bolsillo la nota de las instrucciones, quedaron desagradablemente sorprendidos, al ver brillar, en su mano derecha, una pistola.

Pero no era sólo el falso inspector el que les encañonaba con la pistola, sino también sus acompañantes.

—¡Arriba las manos! —ordenó el barbudo, con ironía—. Tú, quieto, pelirrojo —amenazó a uno de los policías que hizo intención

de llevar la mano a la pistola—. O tendrás que sentirlo.

Ni el sargento ni los policías salían de su asombro. Se habían dejado engañar del modo más sencillo. Ya no podían hacer nada para defenderse. Hubiese sido una locura intentarlo. El barbudo y los otros parecían dispuestos a matar...

El sargento pensó que se trataría de individuos pertenecientes al «gang» de Alf Bryan, que se había valido de aquel ardid para liberar a su jefe.

—Tú, Jimmy —gruñó el barbudo—. Ve atando a éstos y ponles una mordaza a cada uno, por si les da por gritar.

El llamado Jimmy no se hizo repetir la orden. Hábilmente y con unas cuerdas que llevaban en el coche a prevención, fue atando uno a uno a los policías, después de amordazarles con pañuelos.

Cuando hubo concluido, Jimmy el barbudo ordenó a Billy:

—Tú, ve por el que está ahí dentro, procura cogerle desprevenido para que no haga ruido. Si fuese necesario, ya sabes...

—Le enseñó la pistola, significativamente.

—Entendido —gruñó Billy.

Y sin decir más, se internó por el pasillo, de puntillas. Al final del mismo, un policía, acomodado en un banco, parecía dormitar.

Billy avanzó arrimado a la pared y amparado en la penumbra del pasillo.

Estaba seguro de que el policía no se había enterado de lo ocurrido fuera. Le sería fácil llegar hasta él y encañonarle con la pistola. Si podía ser, procuraría no tener que disparar, por eso de que es mala cosa matar a un policía.

Sin embargo, el policía no estaba tan dormido como se figuraba. Le dejó llegar hasta la altura, y cuando Billy levantaba la pistola sobre su cabeza para descargarle un golpe con ella, le dio un violento empujón.

El «gángster» se tambaleó por la violencia del golpe, y el policía aprovechó para saltar sobre él, con intención de desarmarle.

—Trae acá eso —gruñó.

Billy era pequeño y rechoncho; pero sus músculos debían tener parte de acero y estaba acostumbrado a luchar con enemigos de corpulencia muy superior a la suya.

Ahora que el policía tampoco era manco y a cada puñetazo que le propinaba, iba a parar contra la pared.

Lo malo para Billy, fue que la pistola se le escapó de las manos al primer encontronazo. No le quedaba más remedio que pelear a cuerpo limpio.

El policía intentó aprisionarle con una llave; pero él se desprendió con presteza, y de un puntapié en el vientre, lo lanzó contra la puerta del calabozo.

El estruendo que hizo el policía al chocar contra la puerta llamó la atención de Alf Bryan que estaba dentro. Corrió al ventanillo, y se asomó afuera.

Los ojos le relampaguearon de alegría. Creyó llegado el momento de su liberación. Un hombre, al que no conseguía reconocer en la penumbra del pasillo, luchaba con el policía.

Veía, también, la pistola, en el suelo, y la mano del hombre acercándose lentamente a ella.

—¡Cógela, cógela! —gritó, con voz ronca por la emoción.

Los otros no le oían. Billy hacía esfuerzos desesperados por alcanzar el arma. Un poco más, un solo esfuerzo y se haría con ella. Únicamente, que el policía le tenía cogido por la muñeca y se lo impedía.

—¡Cógela, muchacho, que te falta poco! —le instaban desde el ventanillo.

Billy arqueó las piernas para rechazar al policía. No llegó a hacerlo. Un tremendo directo en la mandíbula le sumió en la inconsciencia. Dejó de forcejear para alcanzar la pistola.

El policía se incorporó trabajosamente. La cabeza le daba vueltas. Anduvo unos pasos tambaleándose.

Bryan perdió las esperanzas de salvarse, al ver el resultado de la pelea.

Desde allí, no podía distinguir bien las facciones del caído. Se levantó sobre las puntas de los pies, para verle mejor. ¿Quién sería aquel hombre? No le conocía. Mas ¿quién podría ser más que un amigo que había acudido a salvarle?

Golpeó, furioso, los barrotes de la mirilla, hasta hacerse sangre en los nudillos, y gritó:

—¡Eh, tú, eres un cerdo! —Se dirigía al policía—. Te acordarás de mí, de Alf Bryan.

El policía estaba agachado, recogiendo la pistola, para quitarla del alcance de Billy, por si recobraba el conocimiento, mientras

otros dos hombres avanzaban por el pasillo.

No los vio ni pudo oírles, por los gritos del detenido. Cuando se incorporaba, luego de recoger la pistola, algo duro cayó con fuerza sobre su cabeza. Hizo un ruido raro, dio un traspié y rodó al suelo.

Otra vez renació la esperanza en el corazón de Bryan. Ahora sí qué llegaban para salvarle. Oía las voces de varios hombres por el pasillo; veía las siluetas de los que arrastraban al policía, para quitarle de en medio.

Billy recobró el conocimiento y se levantó del suelo, apoyándose en la pared. Debía dolerle la cara, no hacía más que tocársela, como si temiese que le hubieran roto algún hueso.

Echó a andar y se quitó del limitado campo visual del prisionero.

—¡Muchachos! —gritó Bryan, desesperado e impaciente—. Que estoy aquí. Abridme.

—Ya vamos, ya vamos. No tengas prisa —contestaron.

Aquella voz sí la conocía. ¿Dónde la había oído antes? Una voz burlona, demasiado tranquila para oírla con calma en su situación, quiso recordar... ¡Bah! Qué más daba quien fuese. Venían a ponerle en libertad, a salvarle.

—¡Abrid, abrid! —gritó, acuciado por el temor ciego que pudieran acudir más policías si demoraban el libertarle.

—Ya vamos, hombre, ya vamos.

La voz burlona se dejó oír de nuevo, y una mano peluda y grandota se posó delante del ventanillo impidiéndole ver.

Oyó cómo descorrían el cerrojo, y el ruido de la llave al meterla en la cerradura.

¡Estaban abriéndole! ¡Iban a libertarle! Ya todo había acabado. Volvería a Danville, en busca de su mujer y de sus hijos, y huiría con ellos a Europa, o a Australia, a donde fuese. Se marcharían lejos de los Estados Unidos. En realidad, no debió acudir a la llamada del «gang». Debió rebelarse contra Aiello y los otros...

Una vuelta, dos vueltas, en la cerradura. Nunca había sentido tan fuertes y desacompañados los latidos del corazón.

Sí, volverla a Danville, en busca de su mujer y de los hijos. Los tiempos habían cambiado. Con el

F. B. I.,

no se podía jugar. Si no, ya había visto lo ocurrido aquella noche.

¿El agente especial Ballard? ¡Bien había sabido engañarles!

No importaba. De todos modos, había dado ocasión para terminar con Nitti, para terminar con todo aquello que llevaba como un lastre insostenible sobre su vida y sobre su conciencia.

Bueno, sobre su conciencia, no mucho. Pero ¿por qué tardaban tanto en abrirle?

No, ya abrían la puerta. La empujaban desde fuera. Hubo de apartarse para que no le diesen en la cara. ¡Estaba salvado!

Iba a abandonar aquella horrible prisión, aquel aterrador calabozo que le crispaba los nervios y le hacía enloquecer. Hasta entonces no había comprendido lo terriblemente desesperante que resultaba el verse privado de libertad, y con la amenaza de la silla eléctrica sobre la cabeza...

—Pasad —dijo—. O si no esperad, yo saldré... Prefiero...

Todas sus ilusiones, todas sus esperanzas se esfumaron de golpe. Tras hombres acababan de entrar al calabozo. Al frente de ellos, el barbudo.

Abrieron la puerta de par en par y avanzaren en semicírculo, apuntándole con las pistolas.

—¡Hola, Bryan! —saludó el barbudo, burlón—. ¿Nos conoces?

¿Conocerles? Claro que les conocía. El de las barbas era Justín, uno de los más crueles hombres del «gang» de Nitti; otro, «el Tísico», que tenía sobre su conciencia un sinnúmero de asesinatos, y el tercero...

—No nos esperabas, ¿verdad? —farfulló «el Tísico», con el aditamento de un escupitajo, que lanzó al suelo con la fuerza de un proyectil.

—¿A qué te causa alegría volver a vernos? —comentó el barbudo.

Bryan retrocedió hasta tropezar con la pared. Las ideas cruzaban veloces por su imaginación. ¿Danville? ¿La mujer y los hijos? ¿Por qué no intentar escapar? La puerta del calabozo estaba abierta. Un salto, y...

El barbudo adivinó sus pensamientos.

—No pretenderás escapar, ¿verdad, Bryan? —aconsejó sin alterar el tono de voz. No llegarías lejos. Sabes que manejamos bien las pistolas. Además, Billy está fuera, y ése nunca, falla un disparo...

La puerta, abierta, constituía una tentación para Bryan. Sin

embargo, desistió de escapar.

Le cazarían como a un conejo. Mejor sería tratar de entretener al barbudo y a sus hombres, por si acudían refuerzos de la Policía entre tanto.

Paradójicamente, Bryan, para quien la Policía había sido siempre su peor enemiga, cifraba su única esperanza de salvación en ella. Deseaba ardientemente que apareciese por allí el agente especial Ballard o cualquier otro.

—¿Qué habéis hecho con los policías? —preguntó, temblándole la voz.

—Ahí fuera tenemos a todos, bien amarrados para que no nos estorben. Pero ¡qué cariño has tomado repentinamente a la Policía! —graznó el barbudo—. Suponíamos que eras enemigo de ella. Carlo Nitti también lo creía...

El barbudo se paseó por el calabozo, como si no tuviese prisa por terminar aquello. Gozaba con el terror de Bryan. Se acercó al camastro y levantó la manta, con gesto de repugnancia.

—Parece mentira que tus amigos del

F. B. I.,

te traten así —dijo—. ¡Mira que ponerte unas sábanas tan sucias!

Bryan le seguía con la mirada, pensando en encontrar un medio de escapar, algo que le salvase de tan angustiosa situación.

Más todas las ideas que se le ocurrían eran absurdas y disparatadas. Tal vez porque no podía sustraerse al influjo obsesionante de las pistolas.

De los tres hombres, sólo uno sonreía: el barbudo. Los otros le espiaban, amenazadores, atentos al menor de sus movimientos.

—Jamás me haría amigo de semejantes tipos —continuó el barbudo—. Verdaderamente, no tienen contigo la menor consideración. ¿De qué te ha servido venderte a ellos? Ya ves, has conseguido lo que te proponías. Ha muerto Nitti, pero también han muerto todos tus hombres, y la mayoría de mis amigos. ¿Y tú? ¿Él? Se había dejado engañar por el agente especial. Respiraba trabajosamente. Un peso insoportable le oprimía el pecho.

Ya no trataba de encontrar un medio de salvarse. Todo sería inútil. Lo adivinaba en el brillo de los ojos del barbudo, en su sonrisa, en la seriedad amenazadora de los otros. Estaba seguro de que le matarían.

De pronto, pensó que todavía había algo que podría salvarle. Debería intentarlo. Quiso hablar y no pudo. Sólo emitió algo así como un gruñido o una queja.

El barbudo adivinó que quería hablar, y dijo:

—¡Vaya, muchacho! ¿Ya te decides a decirnos algo? Creíamos que te habías quedado mudo.

Uno de los «gangsters» se impacientó:

—Acaba de una vez, Justín. ¿No ves que pueden venir y atraparnos en esta ratonera?

Pero el barbudo gozaba demasiado con el terror de Bryan para tener prisa. Hubiese dado cualquier cosa por prolongar más y más aquella situación.

—Lleva razón Dean —intervino «el Tísico»—. Acaba ya y vámonos. No estoy muy tranquilo aquí.

—Si tenéis miedo, os podéis ir.

—No es eso. Es que se puede estropear todo a lo último.

Mientras tanto, Bryan consiguió humedecer la garganta, y rogó:

—Escuchadme, amigos...

—¿Amigos? —Se revolvió Justín, furioso, contra él. ¿De quién eres tú amigo?

—Bueno, olvidad eso —gimió Bryan.

—Justín nunca ha sido amigo de los traidores —bramó el barbudo, arrimándole la cara a la suya—. De los que asesinan hombres heridos e indefensos, de los que se venden a la Policía para esperar, emboscados, la ocasión de matar sin peligro...

Alf Bryan tuvo fuerzas, aún para contestar, tratando de convencerles:

—Sabéis que soy inmensamente rico. Os daré la mitad de mi fortuna. Toda, si la queréis; pero dejadme vivir, no me matéis. Tengo mujer y dos hijos. Ellos me necesitan, ellos...

—También Nitti tenía mujer e hijos —le hizo callar el barbudo—. ¿Por qué no pensabas en ellos cuando disparaste contra él?

—Él quiso matarme antes. Os daré dinero. Mucho más del que hayáis soñado jamás con tener...

—¿Habéis oído? —Se volvió el barbudo a sus compañeros—. Nos da toda su fortuna porque le dejemos vivir...

Reía como un loco. Alf Bryan cayó de rodillas e intentó cogerse a sus piernas, en cobarde gesto de humillación. Lo apartó de su lado

de un puntapié.

—¡Quita, quita! —gritó—. Me das asco —le escupió a la cara—. También Nitti amaba la vida, también él quería vivir. Sin embargo, no dudaste en asesinarle a sangre fría, cuando estaba arrodillado a tus pies. Así como tú estás ahora. Levanta la cara y mírame...

Alf Bryan levantó la cara, obediente. Lloraba. Veía borrosamente a sus verdugos. Y pensaba en Danville, en su mujer y en sus hijos...

—¡Cobarde! Pues no está llorando...

—Justin —pidió «el Tísico»—, acaba de una vez, o si no lo haré yo.

No fue necesario que lo hiciese él. Justin apretó el disparador de la pistola, y Alf Bryan dejó de mirarle, y de pensar en Danville, en su mujer y en sus hijos, La bala le segó la vida...

—Creíamos que no ibas a terminar en toda la noche —gruñó «el Tísico»—. Vámonos.

—Sí, vámonos.

Una última mirada al cadáver de Alf Bryan, y echaron a correr, pasillo adelante.

—Vamos, Billy, ya hemos terminado.

Billy, el de la pelea con el policía, que andaba por el vestíbulo, dijo:

—Ya he oído el disparo.

Y se unió a sus compañeros.

El «gángster» que vigilaba a la puerta del cuartelillo se les unió también, y los cinco cruzaron rápidos la acera y subieron al sedán negro.

—Cuéntame, Justín. ¡Siento haberme perdido el espectáculo! —pidió el que había quedado en la calle.

—¿Espectáculo? Sí que lo ha sido; pero no merece la pena que hablemos de ello, Alf Bryan era un cobarde —escupió el barbudo.

—¿Adónde vamos? —preguntó el que iba al volante.

—A tomar algo por ahí. Tengo la garganta seca. ¿No os pasa a vosotros lo mismo?

Dio la casualidad de que todos tenían la garganta seca. Admitieron, encantados, la sugerencia del barbudo.

—Son las dos de la madrugada —anunció «el Tísico»—. No hemos tardado mucho. Esto sí que se llama trabajar de prisa y bien.

El coche emprendió la carrera por Armitage Avenida, para torcer

luego por Milwaukee Avenida.

Cuando llevaban recorridas apenas unas yardas, dos coches exactamente iguales al suyo se cruzaron con ellos. Alguien sacó una mano por la ventanilla del primero y les hizo un gesto amistoso.

Justín sonrió por debajo de las barbas, y dijo:

—¡Adiós, amigos! Llegáis tarde.

Su voz se perdió en la distancia, y una carcajada general coreó sus palabras.

Los cinco hombres reían todavía cuando saltaron al suelo, a la puerta de un establecimiento de bebidas.

Justín, el barbudo, cogió por la cintura a una chica que andaba por allí y se la llevó junto al mostrador. Ofreció:

—Anda, bebe lo que quieras, preciosa. Te convido.

Él echó mano a una botella de «*whisky*», de encima del mostrador y empinó el codo.

«El Tísico» y los otros tampoco se dormían. Como era cierto lo de las gargantas secas, tomaron por asalto el mostrador.

Si vamos a ver, ninguno se acordaba demasiado de Alf Bryan...

IX



UIEN sí se acordaba de Alf Bryan era el agente especial. Aquello de que no anduviese nadie por el vestíbulo del cuartelillo le dio mala espina.

Sí que era raro. ¿Dónde se habrían metido el sargento y los policías? Ni siquiera el de puertas andaba por allí.

En un rincón vio un trozo de cuerda de las que se usan para atar los fardos. Se agachó y la recogió. ¿Qué diablos haría allí aquella cuerda?

—¡William, sargento Willian! —llamó, a voces.

Nadie contestó a su llamada. Aunque sí oyeron como un quejido, como una voz sofocada por una mordaza o algo por el estilo. Ballard escuchó con atención.

—¿Qué es eso? —preguntó, intrigado.

—No lo sé —contestó el sargento Morris, sorprendido también.

H ruido parecía venir de la habitación de la derecha.

—Morrison —decidió el agente especial—, vamos a ver qué hay por ahí.

Se acercó a la puerta de aquella habitación de dos zancadas e intentó abrirla; pero tenía echada la llave.

—Está cerrada —murmuró.

Dentro de la habitación se escuchaba como un zumbido de colmena. Se agachó y aplicó el oído al ojo de la cerradura.

—¡Qué raro! —comentó—. ¿Qué habrá ahí dentro?

De pronto se le ocurrió una idea alarmante. Intentó mirar por el agujero de la cerradura. No vio nada en absoluto. La habitación estaba completamente a oscuras: Forcejeó con el picaporte. Tampoco consiguió abrir la puerta.

—Quite, agente —se ofreció el sargento—. Verá, qué pronto la abro.

Morrison era un gigante uniformado. Ballard se echó a un lado y le dejó actuar.

Morrison se alejó unos pies, para tomar impulso, y luego se precipitó, con todo el peso de su cuerpo, sobre la puerta, que crujió, estruendosa, sin llegar a abrirse.

El agente especial esperaba con la pistola en la mano, dispuesto a afrontar cualquier sorpresa.

—Pruebe otra vez, Morrison —ordenó y el sargento prometió:

—Verá ahora...

Se alejó, unos pies más que antes. Tomó impulso y, agachado, avanzó corriendo, para dejarse caer sobre la puerta como lanzado por una catapulta.

La cerradura no resistió semejante empujón, Saltaron astillas, se abrió la puerta de golpe y el sargento rodó por el suelo.

Ballard, sin soltar la pistola, entró detrás de él, precipitadamente.

Al momento no consiguieron ver más que unos grandes bultos que ocupaban la casi totalidad de la pequeña habitación. Dentro de ésta se oían, con mayor claridad, los ruidos que habían llamado antes su atención.

Buscó a tientas el conmutador de la luz, lo encontró, y a poco se iluminó la habitación.

—¡Lo que menos podía esperarme! —exclamó, furioso.

El sargento y los siete policías de servicio en el cuartelillo yacían en el suelo, atados como fardos. El pañuelo que tenían en la boca, amordazándoles, apenas les dejaba respirar. Estaban congestionados.

El otro sargento, Morrison, les miraba con cara de bobo.

—¡Eh, muchachos! Vengan aquí —ordenó el agente especial a los policías que le acompañaban—. Desaten a éstos. ¡En mi vida he visto cosa igual! ¡Bien nos la han jugado! ¡Cómo se van a reír de nosotros cuando se enteren de que se nos ha escapado Alf Bryan de las manos!

—Tampoco yo lo comprendo —opinó el sargento Morrison, que andaba desatando a su compañero.

Ballard estaba furioso. En aquello había terminado su trabajo. ¿De qué había, servido exponer la vida, para que ahora los idiotas aquellos hubiesen dejado escapar a Bryan?

—¿Y usted qué hacía?, se encaró con el sargento Willian quien libre de las ligaduras no se atrevía ni a levantar los ojos del suelo. —¡Y para esto llevo yo toda la noche en danza!— se lamentó.

El sargento parecía de piedra. Ya podría decirle lo que quisiera, que no estaba dispuesto a contestar. De hacerlo, sería peor y complicaría su ya delicada situación. Su silencio enfureció más al agente especial.

—¡Hable, hombre de Dios! —gritó—. Diga algo. ¿Es que se ha quedado mudo?

Ante tan directa invitación, el sargento se decidió a hablar. Carraspeó dos o tres veces, tragó saliva otras tantas, se pasó la mano por la garganta y, por último, dejó oír una voz ronca, profunda:

—Fué algo inesperado, señor. Los cinco hombres...

—¿Cinco hombres? ¿Sólo cinco hombres les han atrapado a ustedes ocho? —se extrañó Bailará—. Seguro que estaban durmiendo. No me cabe la menor duda.

—No, señor, no dormíamos —se atrevió a refutarle el sargento, con cara triste.

—Pues si no dormían, ¿cómo es posible lo ocurrido?

—Nos engañaron.

Aquello terminó de colmar la paciencia del agente especial.

—¿Que les engañaron? —gritó—. ¿Cómo es posible que cinco hombres engañen a ocho, hasta el extremo de que éstos se dejen atar y amordazar sin hacer resistencia?

—Traían pistolas —adujo el sargento, en su descargo.

Ballard parecía que iba a estallar, de coraje. Se le acercó con los puños en alto y se arrimó tanto a él que le hizo retroceder hasta la pared.

—Con que traían pistolas, ¿eh? ¿Qué quería que trajesen? Vamos, sargento, déjese de bromas y confíese que estaba durmiendo, y acabemos de una vez. ¡Podemos estar tranquilos con ustedes!

—Nos engañaron, señor —insistió el sargento, compungido.

Colin Ballard no consideró oportuno volver sobre el mismo tema. Le observó en silencio, un silencio cargado de amenazas. Sacó el pañuelo del bolsillo y se limpió el sudor de la cara.

—Bueno, cuéntense todo —dijo, transigente.

Y el sargento habló seguido, explicándoles lo sucedido. Cuando terminó, el agente especial sentenció:

—De todos modos, no dejan ustedes de ser unos idiotas.

—Sí, señor —admitió el sargento, convencido de que decía verdad.

Luego, el agente especial decidió:

—Vamos a ver qué ha pasado por adentro. Aunque me lo figuro: se habrán llevado a Bryan, y ahora él y sus compinches estarán riéndose de nosotros por ahí.

El sargento consideró prudente volver a sumirse en el silencio.

Sin esperar a más, Ballard emprendió el camino del calabozo. A la entrada del mismo se paró y observó el suelo.

—Mire, Morrison —llamó al sargento, que había ido con él al cuartelillo—. ¿Qué ve usted ahí?

—Señales de haber arrastrado un cuerpo...

—En efecto —asintió el agente especial—. Yo creo que...

—Ha sido a mí —intervino el policía que peleó con Billy, interrumpiendo al agente especial.

Ballard volvió la cabeza y le miró, asombrado:

—¿A usted? —preguntó—. ¿Por qué?

—Peleé con uno de los asaltantes, y otro me dio un golpe en la cabeza, a traición. Si no hubiese sido por eso... Mire, para que vea

que no miento.

No mentía, no. Enseñaba un chichón enorme en la coronilla.

—Sí que le han dado fuerte —comentó el agente especial—. ¿No le sorprenderían durmiendo, también?

—¿Durmiendo? —saltó el policía, ofendido—. De ninguna manera. Le vi venir y peleamos. Ahora que si no me hubiesen pegado por detrás; otra cosa hubiese sido.

En efecto, cerca del calabozo se veían señales de haber habido lucha; las paredes golpeadas y el suelo con manchas de yeso.

—Eso le salvará de no ir a la calle —prometió el agente especial. Luego preguntó—: ¿Dónde tenían encerrado a Bryan?

—Allí.

Señaló el policía del chichón a la puerta del calabozo.

Ballard esperaba encontrar el calabozo vacío. Por eso no le corría gran prisa llegar a él. Sin embargo, algo volvió a llamar su atención.

—¿Qué es eso? —preguntó, parándose de pronto.

—Parece sangre —opinó el sargento Morrison.

—Sí, es sangre —admitió al agente especial.

Un reguero de sangre que parecía venir del calabozo. Dentro de él tenía que haber una persona herida o muerta.

Unos pasos más, y se cerciorarían de ello.

Habían callado todos de repente. Sólo se oían los pasos, al andar. Pensaban en el reguero de sangre que escapaba del calabozo, y todos lo seguían con la mirada.

El primero en llegar ante el calabozo fue el agente especial. La puerta estaba abierta de par en par, y la débil luz de la bombilla eléctrica, pendiente del techo, alumbraba la escena: un hombre yacía en el suelo, con un balazo en la frente...

—¡Alf Bryan! —exclamó el agente especial, arrodillándose junto al cadáver—. Lo último que me podía figurar que ocurriese —apoyó el oído sobre el pecho del «gangsters». Y añadió—: No hay nada que hacer; está muerto.

—Mire lo que hay aquí —advirtió el sargento.

Era un papel. Lo recogió y se lo entregó a Ballard.

—A ver qué es eso —pidió éste.

Cogió el papel y lo examinó a la luz de la bombilla. Sólo unas líneas escritas en el mismo.

Leyó en voz alta:

«El asunto Bryan era de nuestra exclusiva competencia. Hemos preferido eliminarle nosotros a que lo lleven a la silla eléctrica».

No había firma alguna.

Preguntó el sargento:

—¿Quién puede haber sido?

—¿No se lo figura? Los hombres de Nitti —aseguró Ballard.

Después se levantó de junto al cadáver, tomó al sargento Morrison por el brazo y se alejó del calabozo lentamente, por el pasillo.

—¿Los hombres de Nitti? —respondió el sargento, asombrado.

—No tenga la menor duda; han sido ellos. Es lo que yo digo: ¿por qué se expone tanto esta gente para amasar una fortuna con la sangre de los demás, si ninguno llega a disfrutarla con tranquilidad?

—Lleva razón —asintió el sargento.

—Si es que no muere cazado a balazos, como una alimaña —prosiguió el agente especial, filosofando—, indefectiblemente va a parar a la silla eléctrica o a pudrirse para toda la vida en

Sing-Sing

o en cualquier otro establecimiento por el estilo.

—Lleva razón —volvió a asentir el sargento.

Y Ballard continuó con lo suyo:

—¡Qué más da la silla eléctrica que un balazo en la cabeza! —exclamó—. Es la inexorable ley del delito, el castigo de Dios —de pronto cambió de conversación, y refiriéndose al sargento y a los policías de servicio en el cuartelillo, dijo—: Vamos a llamar a la Seccional. Procuraremos suavizar lo ocurrido, para que estos hombres no sufran las consecuencias de su poco celo. ¿Dónde está el teléfono?

—Allí lo tiene —le indicó el sargento, señalando a un rincón de la habitación.

Descolgó el teléfono y marcó un número.

El inspector jefe no tardó en ponerse al otro lado. Dijo el agente especial:

—Soy Colín Ballard, señor... Escúcheme... Puede acostarse, si

quiere... Ya no hay peligro de que traten de liberar a Alí Bryan... No les serviría para nada, con un balazo en la cabeza... A los asesinos tardaremos poco en echarles mano. Han sido los hombres de Nitti...

Aquella noche, el inspector jefe durmió tranquilo. No sólo habían terminado con Alf Bryan y Nitti, sino que habían concluido con el «gangsterismo» de Chicago.

Indudablemente, a los hombres del
F. B. I.,
era imposible comprarles, como antaño...

EPÍLOGO



La Prensa de la mañana publicó la noticia con grandes titulares:

«El “gangsterismo”, virtualmente desarticulado y desaparecido en Chicago. Una gran labor del F. B. I.».

—¡Una gran labor del
F. B. I.,
una gran labor del
F. B. I.!

—se quejó Anne Scaliche, con desesperación.

En la relación de los «gangsters» muertos figuraba Giovanni Aiello.

Muerto Aiello, había perdido las esperanzas de hacer justicia a su padre. Nadie podría ayudarla ya. ¡Si al menos la hubiesen dicho quién era el asesino!

De pronto se acordó de que aún guardaba el papel aquel que encontró junto al cadáver de su padre. Lo sacó del bolsillo y volvió a leerlo una y otra vez.

Aiello sabía quién era el asesino, Aiello...

Recordó al siciliano, la entrevista con él, sus palabras: «Yo siempre cobro mis trabajos». Se estremeció.

Recordaba también la matanza de El Huracán, el tableteo de las ametralladoras, los cadáveres y los heridos tendidos por el suelo, cuando pudo escapar de allí.

Y, en el fondo, se alegraba de no tener que volver a ver a Aiello. Mas ¿quién podría ayudarla ahora a encontrar al asesino de su padre? ¿Quién...?

«Sí, ellos. ¿Por qué no?», murmuró.

Los del

F. B. I.,

habían conseguido terminar con los dos «gangs» rivales. ¿Por qué no acudir a ellos? Les llevaría el papel aquel, y tal vez les condujese a una pista para llegar a detener al asesino de su padre.

Tomó el bolso de mano y salió a la calle. Decididamente, iría a ver a los del

F. B. I.,

al agente especial que mencionaba la Prensa: a Colín Ballard.

Y Colín Ballard la recibió en su despacho, con un habano entre los labios, soñoliento y aburrido.

La miró de arriba abajo, y se dijo:

«¡Vaya, menuda chica!».

La somnolencia y el aburrimiento le desaparecieron por encanto. Se puso bien en el asiento, anduvo colocándose el nudo de la corbata, atusándose el bigote, y preguntó:

—¿Qué desea?

—Soy Anne Scaliche, la hija del propietario de los almacenes El Siglo.

—¿Los almacenes El Siglo? —Bailar hizo memoria—. ¡Ah, ya

recuerdo! A su padre... Bueno, ya me enteré de lo ocurrido, aunque me consta que no tenía grandes simpatías por nosotros. Si no, hubiese venido a vernos, en lugar de ir a pedir ayuda a Giovanni Aiello, igual que usted... el otro día...

Anne Scaliche palideció. ¿Cómo sabía el agente especial que había ido a ver a Aiello?

—Yo... —empezó a decir.

El agente especial, que la observaba con fijeza, la interrumpió:

—No es menester que se justifique, señorita. Mucha gente sigue sin tener confianza en la Policía. Poco a poco se darán cuenta de que están en un error. Antes, puede que llevasen algo de razón. Sin embargo, ahora es distinto. Ya ha visto...

Anne asintió con la cabeza. Sí, ya había visto. El hombre que tenía delante de ella había conseguido la destrucción de los dos «gangsters» más peligrosos de Chicago.

—Sí, ya he visto —admitió.

Ballard añadió:

—Créame. Esos hombres no son amigos de nadie.

—Lo que no comprendo es cómo saben ustedes que fui a El Huracán.

—Bien sencillo. La vieron salir de allí después del tiroteo. Iba usted demasiado de prisa, como si huyese de algo o de alguien. ¿Es cierto que huía? ¿Por qué no me cuenta lo que sucedió entre usted y Aiello? Tal vez pueda ayudarla.

—¿Ayudarme? Sí, puede ser. Verá, fui allí porque...

No se hizo rogar. Explicó en pocas palabras lo sucedido en el despacho de Aiello, y la situación que tuvo que afrontar con el mismo.

—Éste es el papel que encontré junto al cadáver de mi padre —concluyó, alargándoselo al agente especial.

—¿El papel? ¡Ah, sí!

Ballard, distraído, estaba mirándola y pensando que era muy bonita, tanto que no tendría inconveniente en acompañarla a donde fuese, y muchas veces, tantas como ella quisiera... Cogió el papel y leyó en voz alta lo que ponía en él:

«Por hablar demasiado».

Estuvo un rato reflexionando acerca de lo que acababa de leer.

La muchacha le observaba, expectante.

Por la imaginación del agente especial pasaron, rápidos, como en una cinta cinematográfica, todos los pormenores de lo sucedido desde el momento que le llamó Bryan con ánimo de sobornarle.

—¿Dice usted que el hombre que fue a ver a su padre haciéndose pasar por viajante de comercio era alto y fuerte, más bien joven?...

—Sí. Eso es —afirmó la muchacha.

—Ya sé quién era el criminal que mató a su padre —afirmó el agente especial.

Anne sintió qué le palpitaba aceleradamente el corazón.

—Entonces, ¿le detendrán y le liarán...?

—No le detendremos ni le haremos nada, porque... ya es tarde.

—¿Qué es tarde? El mató a mi padre. Deben detenerle.

—No podremos hacerle nada, porque ha muerto. Alf Bryan lo mató. Era Carlo Nitti. Tuvo usted suerte, señorita.

Anne le miraba con gesto de asombro.

—¿Suerte? ¿Por qué?

—Por lo de Aiello. Agradézcale a Dios lo sucedido. Tenga la seguridad de que si hubiese llegado a atrapar a Nitti se habría cobrado con creces, digamos, su trabajo. Para Aiello no significaba nada matar a un hombre; pero usted sí le importaba, y mucho...

—Todos eran iguales —comentó la muchacha.

—Cierto, todos eran iguales; Aiello, Bryan, Nitti. Usted es demasiado bonita para que Aiello renunciase a sus propósitos. Ha tenido suerte...

La muchacha se levantó del asiento, dispuesta a marcharse, y Ballard volvió a pensar en que le gustaría acompañarla. Abandonó también su asiento, y dijo:

—Si me permite, la acompañaré. Podremos seguir hablando de esto dónde... usted quiera...

Anne Scaliche le miró de reojo e inició una sonrisa. Tampoco le desagradaba a ella que el agente especial la acompañase.

—Bueno —asintió.

Y salieron juntos del despacho a la calle. Hacía un día espléndido, uno de esos días que invitan a pasear. Anne Scaliche sentía como si se hubiese quitado un gran peso de encima. Le parecía oír a Aiello repetir; «Yo acostumbro a cobrar siempre mis

trabajos».

Instintivamente se arrimó más a Ballard, que la cogió del brazo y la preguntó:

—¿Se encuentra mal?

Todo lo contrario; se encontraba mucho mejor que antes, cuando iba a hablar con los del

F. B. I.

—Es que me acuerdo de aquello...

El agente especial la entendió, y dijo:

—Olvídelo. Y ahora, ¿adónde quiere que vayamos? ¿Aunque — se le ocurrió de pronto— supongo que no estará casada ni tendrá novio?

Esperó su respuesta con ansiedad.

—No estoy casada ni tengo novio.

—Tanto mejor —suspiró Ballard.

La cogió mejor del brazo y sonrió con amplitud.

Meses después, sonreía de un modo parecido. Meses después, él de «chaquet» y ella de blanco, decían adiós con la mano, desde la ventanilla del automóvil, a los invitados a la boda, que les despedían desde la acera.

Luego, cuando pasaron por la puerta de El Huracán, él preguntó:

—¿Te acuerdas, Anne?

—Sí que me acuerdo.

Y para hacerla olvidar, la atrajo hacia sí y dijo:

—Debes olvidarlo.

El conductor del automóvil sonrió también ampliamente al verles besarse, por el espejo retrovisor. Y como era hombre comprensivo, miró para otro lado y se puso a silbar una alegre tonadilla. Después de todo, aquello era lo que solían hacer los recién casados, y él había llevado en su coche a muchos recién casados...

FIN

COLECCIONES DE **EDITORIAL ROLLAN**

¡LA EDITORIAL DE LOS EXITOS!

WINCHESTER

Audacia, valor, intriga y dinamismo, se condensan en estas nuevas novelas que reflejan la vida turbulenta de cow-boys y gun-men.

Publicación semanal — 6 Ptas.

AVENTURAS DEL F.B.I.

Serie de cuadernos infantiles, con dibujos maravillosos, reflejando las arriesgadas misiones de dos agentes especiales del F.B.I.

Publicación quincenal 1,50 pts.

RECORTABLES WALT DISNEY

a 0,50 y 1 pta.

EXTRA-OESTE

Colección de inigualables novelas sobre los escalofriantes hechos sucedidos en el Far-West americano, con románticas escenas de amor.

Publicación semanal — 6 Ptas.

MENDOZA COLT

Un valiente gun-man de sangre hispana. Aventuras portentosas en el lejano Oeste, descritas en cuadernos de dibujos inimitables.

Publicación quincenal 1,50 pts.

FORT WINCHESTER CONSTRUCCION de DOCE láminas a todo color 15 ptas.

F. B. I. ; LA COLECCION SIN RIVAL !

NOTAS

[1] Espía. (N. del E.). < <

[2] Ametralladora. (N. del E.). < <

[3] Guardianes de puerta. (N. del E.). < <